

EL BANQUERO ANARQUISTA



FERNANDO
PESSOA

¿Es posible ser a la vez un rico y ladino banquero y un anarquista consumado que lucha por la liberación de la sociedad? Según Pessoa, sí. Es lo que intenta demostrar *El banquero anarquista*, un sorprendente relato publicado en 1922. La producción literaria pessoana, como violenta suma de excepciones que es, nos enfrenta a menudo a la excepción de la excepción. Es insólita en verso y en prosa. Y lo es hasta el punto de que hay textos cuyo origen parece inescrutable. El lector acostumbrado a los versos de Pessoa o a su más conocido *Libro del desasosiego*, se pasma ante una pieza narrativa como *El banquero anarquista*, que despliega una feroz diatriba razonada contra el mito del igualitarismo, sustento falaz de nuestra sociedad, y contra las posibilidades de emancipación del ciudadano, que no contra las del individuo. Pero este salto a la arena de la discusión ideológica bajo forma de narración dialogada entre un sujeto que se dice banquero y anarquista, todo en uno y lo uno por lo otro, y un joven que le escucha incrédulo, guarda relación con un sector de la obra pessoana poco conocido: Pessoa fue un apasionado y original comentarista de la vida política portuguesa y europea, siempre dispuesto a desbaratar las ilusiones del ciudadano en las modernas sociedades democráticas. Esta edición de *El banquero anarquista* presenta por primera vez en España los fragmentos «inéditos hasta 1997» con que Pessoa pretendió realizar durante el último año de su vida una nueva edición corregida del libro. Son textos que enriquecen notablemente la obra y la reafirman en su estatus de pieza maestra en el libre ejercicio de la lucidez.



Fernando Pessoa

El banquero anarquista

ePub r1.1

Big_Bang 20.12.13

Título original: *O banqueiro anarquista*
Fernando Pessoa, 1922
Traducción: Rodolfo Alonso
Epílogo comentado: Manuela Parreiro da Silva

Editor digital: Big_Bang
ePub base r1.0



Si después de yo morir quisieran escribir mi biografía, no hay nada más sencillo. Tiene sólo dos fechas, la de mi nacimiento y la de mi muerte.

Entre una y otra todos los días son míos.

(Fernando Pessoa/Alberto Caeiro, Poemas Inconjuntos)

Escrito entre 1913-1915. Publicado en Atena nº 5, febrero de 1925

Nota previa

En la actual edición digital de *El banquero anarquista* se reproduce el texto publicado en vida por Fernando Pessoa, en 1922, en la revista Contemporánea (nº 1, mayo, pp. 5-21). La ortografía se encuentra actualizada, y se homologó el uso de la abreviatura **ud. (usted)** que, seguramente por deslices tipográficos, aparecía originalmente escrita, en ocasiones, en mitad de la frase, a veces con **u** minúscula y a veces con **U** mayúscula.

Se publican también, en **Apéndices**, algunos textos existentes en el Legado de la Biblioteca Nacional de Lisboa, como la traducción al inglés, hecha por el propio poeta, de las primeras dos páginas del texto de 1922 (dos hojas mecanografiadas con cuatro agregados a mano), y los distintos escritos (manuscritos, mecanografiados o mixtos) destinados a una proyectada edición corregida y aumentada de la novela, que no llegaría a concretarse, ni siquiera a ser concluida por el autor.

Esos textos se presentan, en el Legado, en estado de borrador, sin indicación del lugar exacto del texto original donde deberían ser insertados. En su fijación, se remiten como nota al pie a las variantes encaradas por Fernando Pessoa, entendiéndose por variante la palabra o palabras agregadas sobre, bajo, a continuación (entre paréntesis) o al margen de una palabra o expresión, con vistas a una posible alteración del texto, así como el señalamiento de las palabras dudosas; esto es: consideradas de redacción

provisoria por el autor. Se corrigen también algunos lapsus evidentes de redacción y se utiliza la señal convencional ¨, cuando que aparece un espacio en blanco dejado por Pessoa.

Cada texto de estos apéndices es precedido por el número de la referencia que consta en el Legado y por la indicación de la forma en que se presenta: manuscrito [**M.**], mecanografiado [**Mec.**] o mecanografiado con agregados a mano [**Mixto**].

La presentación de estos textos alternativos y complementarios se hace según el orden de catalogación de la citada Biblioteca Nacional, atendiendo al hecho de que no siempre es posible determinar, con rigor, el lugar de su inserción en la versión de 1922, ya que algunos de ellos podrían, inclusive, venir a sustituir por completo muchos párrafos del texto publicado, independientemente de su secuencia, y de que otros, además, no tienen ningún antecedente discursivo que remita a ellos.

El banquero anarquista

Habíamos concluido de cenar. Frente a mí, el banquero, mi amigo, gran comerciante y acaparador notable, fumaba como quien no piensa. La conversación, que había ido apagándose, yacía muerta entre nosotros. Intenté reanimarla, al azar, sirviéndome de una idea que me pasó por el pensamiento. Me di vuelta hacia él, sonriendo.

—Es verdad: me dijeron hace días que ud. en sus tiempos fue anarquista...

—Fui, no: fui y soy. No cambié con respecto a eso. Soy anarquista.

—¡Ésa sí que es buena! ¡Usted anarquista! ¿En qué es ud. anarquista?... Sólo si ud. le da a la palabra cualquier sentido diferente...

—¿Del habitual? No; no se lo doy. Empleo la palabra en el sentido habitual.

—¿Quiere ud. decir, entonces, que es anarquista exactamente en el mismo sentido en que son anarquistas esos tipos de las organizaciones obreras? ¿Entonces entre ud. y esos tipos de la bomba y de los sindicatos no hay ninguna diferencia?

—Diferencia, diferencia, hay. Evidentemente que hay diferencia. Pero no es la que ud. cree. ¿Ud. duda quizás de que mis teorías sociales no sean iguales a las de ellos?...

—¡Ah, ya me doy cuenta! Ud., en cuanto a las teorías, es anarquista; en cuanto a la práctica...

—En cuanto a la práctica soy tan anarquista como en cuanto a las teorías. Y en la práctica soy más, mucho más anarquista que esos tipos que ud. citó. Toda mi vida lo demuestra.

—¿¡Qué!?

—Toda mi vida lo demuestra, hijo. Ud. es el que nunca prestó a estas cosas una atención lúcida. Por eso le parece que estoy diciendo una burrada, o si no, que estoy jugándole una broma.

—¡Pero, hombre, yo no entiendo nada!... A no ser..., a no ser que ud. juzgue su vida disolvente y antisocial y le dé ese sentido al anarquismo...

—Ya le dije que no; esto es, ya le dije que no doy a la palabra anarquismo un sentido diferente del habitual.

—Está bien... continuó sin entender... Pero, hombre, ¿ud. quiere decir que no hay diferencia entre sus teorías verdaderamente anarquistas y la práctica de su vida, la práctica de su vida como ella es ahora? ¿Ud. quiere que yo crea que ud. tiene una vida exactamente igual a la de los tipos que habitualmente son anarquistas?

—No; no es eso. Lo que yo quiero decir es que entre mis teorías y la práctica de mi vida no hay ningún desacuerdo, sino una conformidad absoluta. De allí que no tenga una vida como la de los tipos de los sindicatos y de las bombas, eso es verdad. Pero es la vida de ellos la que está fuera del anarquismo, fuera de sus ideales. La mía no. En mí, sí, en mí, banquero, gran comerciante, acaparador si ud. quiere, en mí la teoría y la práctica del anarquismo están reunidas y ambas son verdaderas. Ud. me comparó con esos tontos de los sindicatos y de las bombas para indicar que soy diferente de ellos. Lo soy, pero la diferencia es ésta: ellos (sí, ellos y no yo) son anarquistas sólo en la teoría; yo lo soy en la teoría y en la práctica. Ellos son anarquistas y estúpidos, yo anarquista e inteligente. Es decir, mi viejo, soy yo quien es el verdadero anarquista. Ellos, los de los sindicatos y las bombas (yo también estuve allí y salí de allí precisamente a causa de mi verdadero anarquismo), ellos son la basura del anarquismo, los hembras de la gran doctrina libertaria.

—¡Eso ni el diablo lo ha oído! ¡Eso es espantoso! ¿Pero cómo concilia ud. su vida, quiero decir su vida bancaria y comercial, con las teorías anarquistas? ¿Cómo lo concilia ud., si dice que por teorías anarquistas entiende exactamente lo que los anarquistas ordinarios entienden? ¿Y ud., todavía por encima, me dice que es diferente de esa gente por ser más anarquista que ellos, no es verdad?

—Exactamente.

—No entiendo nada.

—¿Pero ud. pone empeño en entender?

—Todo el empeño.

Él se quitó de la boca el cigarro, que se había apagado; volvió a encenderlo lentamente; miró el fósforo que se extinguía; lo depositó suavemente en el cenicero; después, irguiendo la cabeza, por un momento inclinada, dijo: —Oiga. Yo nací del pueblo y en la clase obrera de la ciudad. De bueno no heredé nada, como puede imaginar, ni la condición ni las circunstancias. Apenas me aconteció tener una inteligencia naturalmente lúcida y una voluntad un tanto más fuerte. Pero éstos eran dones naturales, que mi bajo nacimiento no me podía quitar.

»Fui obrero, trabajé, viví una vida ajustada; fui, en resumen, lo que la mayoría de la gente es en aquel medio. No digo que absolutamente pasase hambre, pero anduve cerca. Por otra parte, podía haberla pasado, que eso no hubiera alterado nada de lo que sucedió o de lo que voy a exponerle, ni de lo que fue mi vida ni de lo que ella es ahora.

»Fui un obrero común, en suma; como todos, trabajaba porque tenía que trabajar, y trabajaba lo menos posible. Lo que yo era, era inteligente. Siempre que podía, leía cosas, discutía cosas y, como no era loco, nació en mí una gran insatisfacción y una gran rebelión contra mi destino y contra las condiciones sociales que lo hacían así. Ya le dije que, hablando claro, mi destino podía haber sido peor de lo que era; pero en aquel entonces me parecía que yo era un ente a quien la Suerte había hecho todas las injusticias juntas, y que se había servido de las convenciones sociales para hacérmelas. Esto era así allá por mis veinte años, veintiuno a lo sumo, que fue cuando me volví anarquista.

Se detuvo un momento. Se volvió un poco más hacia mí. Continuó, inclinándose todavía más.

—Fui siempre más o menos lúcido. Me sentí sublevado. Quise entender mi rebelión. Me volví anarquista consciente y convicto: el anarquista consciente y convicto que ahora soy.

—¿Y la teoría que ud. tiene hoy es la misma que tenía en ese entonces?

—La misma. La teoría anarquista, la verdadera teoría, es una sola. Tengo la que siempre tuve, desde que me volví anarquista. Ud. ya va a ver... Le iba diciendo que, como era lúcido por naturaleza, me volví anarquista consciente. ¿Pero qué es un anarquista? Es un sublevado contra la injusticia de que nazcamos desiguales socialmente; en el fondo es sólo eso. Y de ahí resulta, como es evidente, la rebelión contra las convenciones sociales que volvieron esa desigualdad posible. Lo que le estoy indicando ahora es el camino psicológico, esto es, cómo es que la gente se vuelve anarquista; ya vamos a la parte teórica del asunto. Por ahora, comprenda ud. bien cuál sería la rebelión de un tipo inteligente en mis circunstancias. ¿Qué es lo que ve por el mundo? Uno nace hijo de un millonario, protegido desde la cuna contra aquellos infortunios, y no son pocos, que el dinero puede evitar o atenuar; otro nace miserable, para ser, cuando niño, una boca más en una familia donde las bocas resultan de sobra para la comida que puede haber. Uno nace conde o marqués, y tiene por eso la consideración de todo el mundo, haga lo que haga; otro nace así, como yo, y tiene que andar derecho como una plomada para ser al menos tratado como gente. Unos nacen en tales condiciones que pueden estudiar, viajar, instruirse, volverse (puede decirse) más inteligentes que otros que naturalmente lo son más. Y así por ahí adelante, y en todo...

»Las injusticias de la Naturaleza, vaya, no las podemos evitar. Ahora las de la sociedad y de sus convenciones, éstas, ¿por qué no evitarlas? Acepto, no tengo incluso otro remedio, que un hombre sea superior a mí por lo que la Naturaleza le dio: el talento, la fuerza, la energía, no acepto que él sea mi superior por cualidades postizas, con las que no salió del vientre de su madre, sino que le ocurrieron por azar después que apareció por aquí: la riqueza, la posición social, la vida fácil, etcétera. Fue de la rebelión que le estoy pintando, por estas consideraciones, que nació mi anarquismo de entonces: el anarquismo que, ya le dije, mantengo hoy sin ninguna alteración.

Se detuvo otra vez un momento, como pensando la forma en que iba a proseguir. Aspiró y exhaló el humo lentamente, hacia el lado opuesto al mío. Se volvió e iba a proseguir. Yo, sin embargo, lo interrumpí.

—Una pregunta, por curiosidad... ¿Por qué es que ud. se volvió precisamente anarquista? Ud. podía haberse vuelto socialista, o cualquier otra cosa avanzada que no fuese tan lejos. Todo eso estaba dentro de su rebelión... Deduzco de lo que ud. dice que por anarquismo entiende (y me parece que está bien como definición de anarquismo) la rebelión contra todas las convenciones y fórmulas sociales y el deseo y el esfuerzo para abolirías todas...

—Eso mismo.

—¿Por qué escogió ud. esa fórmula extrema y no se decidió por cualquiera de las otras... de las intermedias?

—Se lo digo. Medité todo eso. Está claro que en los folletos que yo leía se encontraban todas esas teorías. Escogí la doctrina anarquista, la teoría extrema, como ud. muy bien dice, por las razones que le voy a decir en dos palabras.

Miró un momento hacia ninguna parte. Después se volvió hacia mí.

—El mal verdadero, el único mal, son las convenciones y las ficciones sociales, que se sobreponen a las realidades naturales; todo, desde la familia al dinero, desde la religión al Estado. La gente nace hombre o mujer: quiero decir, nace para ser, una vez adulto, hombre o mujer; no nace, en buena justicia natural, ni para ser marido ni para ser rico o pobre, como tampoco nace para ser católico o protestante, o portugués o inglés. Es todas esas cosas en virtud de las ficciones sociales. ¿Pero por qué esas ficciones sociales son malas? Porque son ficciones, porque no son naturales. Tan malo es el dinero como el Estado, la constitución de la familia como las religiones. Si hubiera otras, que no fueran éstas, serían igualmente malas, porque también serían ficciones, porque también se sobrepondrían y estorbarían a las realidades naturales. Pero cualquier sistema que no sea el puro sistema anarquista, que quiere la abolición de todas las ficciones y de cada una de ellas completamente, es una ficción también. Emplear todo nuestro deseo, todo nuestro esfuerzo, toda nuestra inteligencia, para implantar, o contribuir a implantar, una ficción social en vez de otra, es un absurdo, cuando no resulte incluso un crimen, porque es provocar una perturbación social con el fin expreso de dejar todo igual. Si encontramos injustas las

ficciones sociales, porque aplastan y oprimen lo que es natural en el hombre, ¿para qué emplear nuestro esfuerzo en sustituirlas por otras ficciones, si lo podemos emplear para destruirlas a todas?

»Eso me parece que es concluyente. Pero supongamos que no lo es; supongamos que nos objetan que todo eso es muy exacto, pero que el sistema anarquista no es realizable en la práctica. Vamos ahora a examinar esa parte del problema.

»¿Por qué es que el sistema anarquista no sería realizable? Todos nosotros, los avanzados, partimos del principio, no sólo de que el actual sistema es injusto, sino de que hay ventaja, porque hay justicia, en sustituirlo por otro más justo. Si no pensamos así, no somos avanzados sino burgueses. ¿Pero de dónde viene este criterio de justicia? De lo que es natural y verdadero, en oposición a las ficciones sociales y a las mentiras de la convención. Pero lo que es natural es lo que es enteramente natural, no lo que es mitad, o un cuarto, o un octavo de natural. Muy bien. Ahora, de dos cosas, una: o lo natural es realizable socialmente o no lo es, en otras palabras, o la sociedad puede ser natural o la sociedad es esencialmente ficción y no puede ser natural de ninguna manera. Si la sociedad puede ser natural, entonces puede existir la sociedad anarquista, o libre, y debe haberla, porque ella es la sociedad enteramente natural. Si la sociedad no puede ser natural, si (por cualquier razón que no importa) tiene forzosamente que ser ficción, entonces del mal el menor; hagámosla, dentro de esa ficción inevitable, lo más natural posible, para que sea, por eso mismo, lo más justa posible. ¿Cuál es la ficción más natural? Ninguna es natural en sí, porque es ficción; la más natural, en este, nuestro caso, será aquella que parezca más natural, que se sienta como más natural. ¿Cuál es la que parece más natural, o que sentimos como más natural? Es aquella a la que estamos habituados. (Ud. comprende: lo que es natural es lo que es del instinto; y lo que, no siendo instinto, se parece en todo al instinto es el hábito. Fumar no es natural, no es una necesidad del instinto; pero si nos habituamos a fumar, nos parece natural, pasa a ser sentido como una necesidad del instinto). ¿Pero cuál es la ficción social que constituye un hábito nuestro? Es el actual sistema, el sistema burgués. Tenemos pues, en

buena lógica, que o encontramos posible la sociedad natural, y seremos defensores del anarquismo o no la juzgamos posible, y seremos defensores del régimen burgués. No hay hipótesis intermedia. ¿Entendió?...

—Sí, señor; eso es concluyente.

—Todavía no es tan concluyente... Todavía hay otra objeción del mismo género que liquidar... Puede aceptarse que el sistema anarquista es realizable, pero puede dudarse de que sea realizable de repente, esto es, que se pueda pasar de la sociedad burguesa a la sociedad libre sin que haya uno o más estadios o regímenes intermedios. Quien haga esta objeción acepta como buena, y como realizable, la sociedad anarquista; pero intuye que tiene que haber un estadio cualquiera de transición entre la sociedad burguesa y ella.

»Ahora bien, supongamos que es así. ¿Qué es ese estadio intermedio? Nuestro fin es la sociedad anarquista o libre; ese estadio intermedio sólo puede ser, en consecuencia, un estadio de preparación de la humanidad para la sociedad libre. Esa preparación o es material o es simplemente mental; esto es, o es una serie de realizaciones materiales o sociales que van adaptando a la humanidad a la sociedad libre, o es una simple propaganda gradualmente creciente e influyente que la va preparando mentalmente a desearla o a aceptarla.

»Vamos al primer caso: la adaptación gradual y material de la humanidad a la sociedad libre. Es imposible; es más que imposible, es absurdo. No hay adaptación material sino a una cosa que ya hay. Ninguno de nosotros se puede adaptar materialmente al medio social del siglo XXIII, aunque sepa lo que será; y no se puede adaptar materialmente porque el siglo XXIII y su medio social no existen materialmente todavía. Así, llegamos a la conclusión de que, en el pasaje de la sociedad burguesa a la sociedad libre, la única parte que puede haber de adaptación, de evolución o de transición es mental, es la gradual adaptación de los espíritus a la idea de la sociedad libre... En todo caso, en el campo de la adaptación material, todavía hay una hipótesis...

—¡Caramba con tanta hipótesis!...

—Ah, hijo, el hombre lúcido tiene que examinar todas las objeciones

posibles y refutarlas antes de poder considerarse seguro de su doctrina. Y además, todo esto es en respuesta a una pregunta que ud. me hizo...

—Está bien.

—En el campo de la adaptación material, decía yo, hay en todo caso otra hipótesis. Es la de la dictadura revolucionaria.

—¿Cómo? ¿De la dictadura revolucionaria?

—Como yo le expliqué, no puede haber adaptación material a una cosa que no existe, materialmente, aún. Pero si, por un movimiento brusco, se hiciera la revolución social, queda implantada ya, no la sociedad libre (porque para ella la humanidad no puede tener todavía preparación), sino una dictadura de aquellos que quieren implantar la sociedad libre. Pero existe ya, aunque en esbozo o en comienzo, existe ya materialmente algo de la sociedad libre. Hay ya por lo tanto una cosa material, a que la humanidad se adapte. Es éste el argumento con que los cuadrúpedos que defienden la «dictadura del proletariado» la defenderían si fuesen capaces de argumentar o de pensar. El argumento, está claro, no es de ellos: es mío. Me lo pongo, como objeción, a mí mismo. Y, como le voy a demostrar..., es falso.

»Un régimen revolucionario, en cuanto existe, y sea cual fuere el fin al que se dirige o la idea que lo conduce, es materialmente sólo una cosa, un régimen revolucionario. Pero un régimen revolucionario quiere decir una dictadura de guerra o, en las verdaderas palabras, un régimen militar despótico, porque el estado de guerra le es impuesto a la sociedad por una parte de ella, aquella parte que asumió revolucionariamente el poder. ¿Qué es lo que resulta? Resulta que quien se adapte a ese régimen, como la única cosa que él es materialmente, inmediatamente, es un régimen militar despótico, se adapta a un régimen militar despótico. La idea, que condujo a los revolucionarios, el fin hacia el que se dirigían, desapareció por completo de la realidad social, que es ocupada exclusivamente por el fenómeno guerrero. De modo que lo que sale de una dictadura revolucionaria, y tanto más completamente saldrá, cuanto más tiempo dure esa dictadura, es una sociedad guerrera de tipo dictatorial, esto es, un despotismo militar. Ni tampoco podía ser otra cosa. Y fue siempre así. Yo no sé mucha historia, pero lo que sé coincide con esto, ni podía dejar de coincidir... ¿Qué salió de

las agitaciones políticas de Roma? El Imperio Romano y su despotismo militar. ¿Qué salió de la Revolución Francesa? Napoleón y su despotismo militar. Y ud. verá lo que sale de la Revolución Rusa... Algo que va a atrasar decenas de años la realización de la sociedad libre... También, ¿qué podía esperarse de un pueblo de analfabetos y de místicos?...

»En fin, esto ya está fuera de la conversación... ¿Ud. entendió mi argumento?

—Lo entendí perfectamente.

—Ud. comprende por consiguiente que yo llegué a esta conclusión: Fin: la sociedad anarquista, la sociedad libre; medio: el pasaje, sin transición, de la sociedad burguesa a la sociedad libre. Este pasaje sería preparado y vuelto posible por una propaganda intensa, completa, absorbente, en forma tal de predisponer a todos los espíritus y debilitar todas las resistencias. Está claro que por «propaganda» no entiendo sólo la de la palabra escrita y hablada: entiendo todo, acción indirecta o directa, cuanto puede predisponer a la sociedad libre y debilitar la resistencia a su venida. Así, no teniendo casi ninguna resistencia que vencer, la revolución social, cuando viniese, sería rápida, fácil, y no tendría que establecer ninguna dictadura revolucionaria, por no tener contra quién aplicarla. Si esto no puede ser así, es que el anarquismo es irrealizable; y si el anarquismo es irrealizable, sólo es defendible y justa, como ya le demostré, la sociedad burguesa.

»Ahí tiene ud. por qué y cómo me volví anarquista, y por qué es que rechacé, como falsas y antinaturales, las otras doctrinas sociales de menor osadía.

»Y rápido... Vamos a continuar mi historia.

Hizo estallar un fósforo y encendió lentamente el cigarro. Se concentró y enseguida prosiguió.

—Había otros varios muchachos con las mismas opiniones que yo. La mayoría eran obreros, pero había uno u otro que no lo era; lo que éramos todos, era pobres y, que yo recuerde, no éramos muy estúpidos. Había una cierta voluntad de instruirse, de saber cosas, y al mismo tiempo una voluntad de propaganda, de esparcir nuestras ideas. Queríamos para nosotros y para los otros, para la humanidad entera, una sociedad nueva,

libre de todos estos preconceptos, que hacen a los hombres desiguales artificialmente y les imponen inferioridades, sufrimientos, estrecheces, que la Naturaleza no les había impuesto. En mi caso, lo que leía me reafirmaba en estas opiniones. En libros libertarios baratos, los que había en ese tiempo, y ya eran bastantes, leí casi todo. Fui a conferencias y reuniones de los propagandistas de la época. Cada libro y cada discurso me convencía más de la certeza y de la justicia de mis ideas. Lo que yo pensaba entonces, le repito, mi amigo, es lo que pienso hoy; la única diferencia es que entonces sólo lo pensaba, y hoy lo pienso y lo practico.

—Pues sí; eso, hasta donde veo, está muy bien. Está muy claro que ud. se volviese anarquista de esa manera, y veo perfectamente que ud. era anarquista. No necesito más pruebas de eso. Lo que yo quiero saber es cómo es que de ahí salió el banquero... cómo es que salió de ahí sin contradicción... Esto es, más o menos ya calculo...

—No, no calcula nada... Yo sé lo que ud. quiere decir... Ud. se basa en los argumentos que me acaba de oír y juzga que yo encontré al anarquismo irrealizable y por eso, como le dije, sólo defendible y justa a la sociedad burguesa, ¿no es así?...

—Sí, pensé que sería más o menos eso...

—¿Pero cómo podía serlo, si desde el principio de la conversación le tengo dicho y repetido que soy anarquista, que no sólo lo fui sino que continué siéndolo? Si yo me hubiera vuelto banquero y comerciante por la razón que ud. juzga, yo no sería anarquista, sería burgués.

—Sí, ud. tiene razón... ¿Pero entonces cómo diablos...? Vamos, vaya diciendo...

—Como le dije, yo era (fui siempre) más o menos lúcido, y también un hombre de acción. Ésas son cualidades naturales; no me las pusieron en la cuna (si es que tuve cuna), soy yo el que las llevó allí. Pues bien. Siendo anarquista yo encontraba insoportable ser anarquista sólo pasivamente, sólo para ir a escuchar discursos y hablar de eso con los amigos. No: ¡era necesario hacer algo! ¡Era necesario trabajar y luchar por la causa de los oprimidos y de las víctimas de las convenciones sociales! Decidí ponerle el hombro a eso, según pudiese. Me puse a pensar cómo es que yo podría ser

útil a la causa libertaria. Me puse a trazar mi plan de acción.

»¿Qué es ser anarquista? La libertad, la libertad para uno y para los otros, para la humanidad entera. Querer estar libre de la influencia o de la presión de las ficciones sociales, querer ser libre tal como se nació y apareció en el mundo, que es como en justicia debe ser, y querer esa libertad para uno y para todos los demás. No todos pueden ser iguales frente a la Naturaleza: unos nacen altos, otros bajos; unos fuertes, otros débiles; unos más inteligentes, otros menos... Pero todos pueden ser iguales de ahí en adelante; sólo las ficciones sociales lo impiden. Esas ficciones sociales son las que era necesario destruir.

»Era necesario destruirlas... Pero no se me escapó una cosa: era necesario destruirlas pero en beneficio de la libertad, y teniendo siempre en vista la creación de una sociedad libre. Porque eso de destruir las ficciones sociales tanto puede ser para crear libertad, o preparar el camino de la libertad, como para establecer otras ficciones sociales diferentes, igualmente malas porque son igualmente ficciones. Aquí es donde se necesitaba cuidado. Era necesario acertar con un proceso de acción, cualquiera que fuese su violencia o su no violencia (porque contra las injusticias sociales todo era legítimo), por el cual se contribuyese a destruir las ficciones sociales sin, al mismo tiempo, perjudicar la creación de la libertad futura; creando allí mismo, en el caso de que fuese posible, algo de la libertad futura.

»Es claro que esta libertad, que se debe tener cuidado de no perjudicar, es la libertad futura y, en el presente, la libertad de los oprimidos por las ficciones sociales. Claro está que no tenemos que fijarnos en no perjudicar la «libertad» de los poderosos, de los bien situados, de todos quienes representan las ficciones sociales y tienen ventajas en ellas. Ésa no es libertad; es la libertad de tiranizar, que es lo contrario de la libertad. Ésa, por el contrario, es la que más debíamos pensar en perjudicar y en combatir. Me parece que esto está claro...

—Está clarísimo. Continúe...

—¿Para quién quiere el anarquista la libertad? Para la humanidad entera. ¿Cuál es la manera de conseguir la libertad para la humanidad

entera? Destruir por completo todas las ficciones sociales. ¿Cómo se podrían destruir por completo todas las ficciones sociales? Ya le anticipé la explicación cuando, con motivo de su pregunta, discutí los otros sistemas avanzados y le expliqué cómo y por qué era anarquista... ¿Ud. se acuerda de mi conclusión?...

—Me acuerdo...

—... Una revolución social súbita, brusca, aplastante, haciendo pasar a la sociedad, de un salto, del régimen burgués a la sociedad libre. Esta revolución social preparada por un trabajo intenso y continuado, de acción directa e indirecta, tendiente a predisponer a todos los espíritus para la llegada de la sociedad libre, y a debilitar hasta un estado comatoso todas las resistencias de la burguesía. Me excuso de repetirle las razones que llevan inevitablemente a esta conclusión, dentro del anarquismo; ya se las expuse y ud. ya las entendió.

—Sí.

—Esa revolución sería preferiblemente mundial, simultánea en todos los puntos, o los puntos importantes del mundo; o no siendo así, partiendo rápidamente de unos a otros, pero, a pesar de todo, en cada punto, esto es, en cada nación, fulminante y completa.

»Muy bien. ¿Qué podía hacer yo con ese fin? Por mí solo, no podría hacerla a ella, a la revolución mundial, ni siquiera podría hacer la revolución completa en la parte relacionada con el país en donde estaba. Lo que podía era trabajar, en la entera medida de mi esfuerzo, para preparar esa revolución. Ya le expliqué cómo: combatiendo, por todos los medios accesibles, las ficciones sociales; no perjudicando nunca al hacer ese combate o la propaganda de la sociedad libre, ni la libertad futura ni la libertad presente de los oprimidos; creando ya, de ser posible, algo de la futura libertad.

Exhaló el humo; hizo una leve pausa, volvió a comenzar.

—Entonces aquí, mi amigo, puse yo mi lucidez en acción. Trabajar para el futuro está bien, pensé; trabajar para que los otros tengan libertad está perfecto. ¿Pero entonces yo?, ¿yo no soy nadie? Si yo fuese cristiano, trabajaría alegremente por el futuro de los otros, porque iba a tener mi

recompensa en el cielo; pero también, si yo fuese cristiano, no sería anarquista, porque entonces las tales desigualdades sociales no tendrían importancia en nuestra corta vida: serían sólo condiciones de nuestra prueba y serían recompensadas en la vida eterna. Pero yo no era cristiano, como no lo soy, y me preguntaba: ¿pero por quién y por qué me voy a sacrificar en todo esto? Más todavía: ¿para qué me voy a sacrificar?

»Tuve momentos de descreimiento; y ud. comprende que era justificado... Soy materialista, pensaba; no tengo más vida que ésta, ¿para qué voy a atormentarme con propagandas y desigualdades sociales y otras historias, cuando podría gozar y entretenerme mucho más si no me preocupara de eso? Quien tiene sólo esta vida, quien no cree en la vida eterna, quien no admite más ley que la Naturaleza, quien se opone al Estado porque él no es natural, al casamiento porque él no es natural, al dinero porque él no es natural, a todas las ficciones sociales porque ellas no son naturales, ¿por qué motivo es que defiende el altruismo y el sacrificio por los otros, o por la humanidad, si el altruismo y el sacrificio tampoco son naturales? Sí, la misma lógica que me muestra que un hombre no nace para ser marido, o para ser portugués, o para ser rico o pobre, me muestra también que él no nace para ser solidario, que él no nace sino para ser él mismo, y en consecuencia lo contrario de altruista y solidario, y por lo tanto exclusivamente egoísta.

»Discutí la cuestión conmigo mismo. Fíjate, yo decía para mí que nacemos pertenecientes a la especie humana, y que tenemos el deber de ser solidarios con todos los hombres. ¿Pero la idea de «deber» era natural? ¿De dónde es que venía esta idea de «deber»? Si esta idea de deber me obligaba a sacrificar mi bienestar, mi comodidad, mi instinto de conservación y mis otros instintos naturales, ¿en qué divergía la acción de esa idea de la acción de cualquier ficción social, que produce en nosotros exactamente el mismo efecto?

»Esta idea de deber, esto de la solidaridad humana, sólo podía considerarse natural si trajera consigo una compensación egoísta, porque entonces, aunque en principio contrariase el egoísmo natural, si diera a ese egoísmo una compensación, siempre, a fin de cuentas, no lo contrariaría.

Sacrificar un placer, simplemente sacrificarlo, no es natural; sacrificar un placer a otro es lo que ya está dentro de la Naturaleza: entre dos cosas naturales de las que no se pueden tener ambas, escoger una es lo que está bien. ¿Pero qué compensación egoísta o natural podía darme la dedicación a la causa de la sociedad libre y de la futura sociedad humana? Sólo la conciencia del deber cumplido, del esfuerzo para un buen fin; y ninguna de estas cosas es una compensación egoísta, ninguna de estas cosas es un placer en sí, sino un placer, si lo es, nacido de una ficción, como puede ser el placer de ser inmensamente rico, o el placer de haber nacido en una buena posición social.

»Le confieso, mi viejo, que tuve momentos de descreimiento... Me sentí desleal a mi doctrina, traidor a ella... Pero pronto superé todo eso. La idea de justicia estaba ahí, dentro de mí, pensé. Yo la sentía natural. Yo sentía que había un deber superior a preocuparme sólo por mi propio destino. Y seguí adelante en mi propósito.

—No me parece que esa decisión revelase una gran lucidez de su parte... Ud. no resolvió la dificultad... Ud. siguió adelante por un impulso absolutamente sentimental...

—Sin duda. Pero lo que le estoy contando ahora es la historia de cómo me volví anarquista y de cómo lo continué siendo, y continuó. Le voy exponiendo lealmente las vacilaciones y las dificultades que tuve, y cómo las vencí. Coincidió en que, en aquel momento, vencí la dificultad lógica con el sentimiento y no con el raciocinio. Pero ud. ha de ver que, más tarde, cuando llegué a la plena comprensión de la doctrina anarquista, esta dificultad, hasta entonces sin respuesta, tuvo su solución completa y absoluta.

—Es curioso...

—Lo es... Ahora déjeme continuar con mi historia. Tuve esa dificultad y la resolví, bien que mal, como le dije. Después seguí, y en la línea de mis pensamientos, surgió otra dificultad que también me perturbó bastante.

»Estaba bien que me hallara dispuesto a sacrificarme, sin recompensa alguna verdaderamente personal, esto es, sin recompensa alguna verdaderamente natural. Pero supongamos que la sociedad futura no

concluía en nada de lo que yo esperaba, que la sociedad libre nunca llegaría, ¿por qué diablos es que yo, en ese caso, me estaba sacrificando? Sacrificarme a una idea sin recompensa personal, sin que ganara nada con mi esfuerzo por esa idea, vaya; pero sacrificarme sin tener al menos la certeza de que aquello para lo que yo trabajaba existiría un día, sin que la propia idea ganase con mi esfuerzo, eso era un poco más fuerte... Desde ya le digo que resolví la dificultad por el mismo proceso sentimental por el que resolví la otra; pero le advierto también que, del mismo modo que la otra, resolví ésta por la lógica, automáticamente, cuando llegué al estado plenamente consciente de mi anarquismo... Ud. después verá... En el momento de lo que le estoy contando, salí del apuro con una o dos frases huecas. «Yo cumplía con mi deber para con el futuro; que el futuro cumpliera el suyo conmigo»... Esto, o cosa que se le parezca...

»Expuse esta conclusión, o, antes, estas conclusiones, a mis camaradas, y todos ellos coincidieron conmigo; coincidieron todos en que era preciso ir para adelante y hacer todo por la sociedad libre. Es verdad que uno u otro, de los más inteligentes, quedaron un poco conmocionados con la exposición, no porque no coincidiesen, sino porque nunca habían visto las cosas tan claras, ni las aristas que estas cosas tienen... Pero finalmente coincidieron todos... Todos íbamos a trabajar por la gran revolución social, por la sociedad libre, ¡ya quiera el futuro justificarnos o no! Formamos un grupo con gente convencida y comenzamos una gran propaganda; grande, es claro, dentro de los límites de lo que podíamos hacer. Durante bastante tiempo, en medio de dificultades, enredos y a veces persecuciones, ahí estuvimos trabajando por el ideal anarquista.

El banquero, llegado a este punto, hizo una pausa un poco más larga. No encendió el cigarro, que estaba otra vez apagado. De repente tuvo una leve sonrisa y, con el aire de quien llega al punto importante, me miró con mayor insistencia y prosiguió, aclarando más la voz y acentuando más las palabras.

—A esta altura —dijo él— apareció una cosa nueva. «A esta altura» es un modo de decir. Quiero decir que, después de algunos meses de esta propaganda, comencé a reparar en una nueva complicación, y ésta era la más seria de todas, ésta es la que iba a valer...

»Ud. se acuerda, ¿no es verdad?, de aquello que yo, por un raciocinio riguroso, establecí que debía ser el proceso de acción de los anarquistas... Un proceso, o procesos, mediante cualquiera de los cuales se contribuyese a destruir las ficciones sociales sin perjudicar, al mismo tiempo, la creación de la libertad futura; sin perjudicar, por consiguiente, en lo más mínimo, la poca libertad de los actuales oprimidos por las ficciones sociales; un proceso que, en lo posible, crease ya algo de libertad futura...

»Pues bien: una vez establecido este criterio, nunca más dejé de tenerlo presente... Pero, a la altura de nuestra propaganda, de la que le estoy hablando, descubrí algo. En el grupo de la propaganda, no éramos muchos; éramos unos cuarenta, salvo error, se daba esta coyuntura: se creaba tiranía.

—¿Se creaba tiranía?

—De la siguiente manera... Unos mandaban a otros y nos llevaban para donde querían; unos se imponían a otros y nos obligaban a ser lo que ellos querían; unos arrastraban a otros por mañas y por artes hacia donde ellos querían. No digo que hicieran esto en cosas graves; incluso, no había cosas graves allí como para que lo hicieran. Pero el hecho es que esto ocurría siempre y todos los días, y se daba no sólo en asuntos relacionados con la propaganda, sino también fuera de ellos, en asuntos vulgares de la vida. Unos iban insensiblemente para jefes, otros insensiblemente para subordinados. Unos eran jefes por imposición, otros eran jefes por maña. En el hecho más simple se veía esto. Por ejemplo: dos de los muchachos salían juntos a una calle, llegaban al final de la calle y uno tenía que ir hacia la derecha y otro hacia la izquierda; a cada uno le resultaba conveniente ir para su lado. Pero el que iba hacia la izquierda le decía al otro, «venga ud. conmigo por aquí»; el otro respondía, y era verdad, «Hombre, no puedo; tengo que ir por allí» por esta o aquella razón... Pero al fin, contra su voluntad y su conveniencia, allá iba con el otro hacia la izquierda... Eso era una vez por persuasión, otra vez por simple insistencia, una tercera vez por cualquier otro motivo... Esto es, nunca era por una razón lógica; había siempre en esta imposición y en esta subordinación algo de espontáneo, algo como instintivo... Y como en este caso simple, en todos los otros casos;

desde los menos hasta los más importantes... ¿Ud. ve bien la cuestión?

—La veo. ¿Pero qué diablos hay de extraño en eso? ¡Eso es de lo más natural que hay!

—Será. Ya llegamos a eso. Lo que le pido que note es que es exactamente lo contrario de la doctrina anarquista. Fíjese bien que esto ocurría en un grupo pequeño, en un grupo sin influencia ni importancia, en un grupo al cual no se le había confiado la solución de ninguna cuestión grave o la decisión sobre cualquier asunto de importancia. Y fíjese que ocurría en un grupo de gente que se había unido especialmente para hacer lo que pudiese por el ideal anarquista, esto es, para combatir, tanto como fuera posible, las ficciones sociales, y crear, tanto como fuera posible, la libertad futura. ¿Ud. se fijó bien en estos dos puntos?

—Me fijé.

—Vea ahora bien lo que eso representa... Un grupo pequeño de gente sincera (¡le garantizo que era sincera!), establecido y unido expresamente para trabajar por la causa de la libertad, había, al cabo de unos meses, conseguido sólo una cosa positiva y concreta: la creación entre sí de tiranía. Y fíjese qué tiranía... No era una tiranía derivada de la acción de las ficciones sociales que, aunque lamentable, sería disculpable, hasta cierto punto, aunque menos en nosotros, que combatíamos esas ficciones, que en otras personas: pero en fin, vivíamos en medio de una sociedad basada en esas ficciones y no habría sido enteramente culpa nuestra si no hubiéramos podido escapar del todo a su acción. Pero no era eso. Los que mandaban a los otros, o los llevaban hacia donde querían, no hacían eso por la fuerza del dinero o de la posición social o de cualquier autoridad de naturaleza ficticia que se arrogaran; lo hacían por una acción de cualquier especie fuera de las ficciones sociales. Quiero decir, esta tiranía era, con relación a las ficciones sociales, una tiranía nueva. Y era una tiranía ejercida sobre gente esencialmente oprimida por las ficciones sociales. Era, todavía por encima, tiranía ejercida entre sí por gente cuyo objetivo sincero no era sino destruir tiranía y crear libertad.

»Ahora ponga el caso en un grupo mucho mayor, mucho más influyente, que trata de cuestiones importantes y de decisiones de carácter

fundamental. Ponga a ese grupo encaminando sus esfuerzos, como el nuestro, hacia la formación de una sociedad libre. Y ahora dígame si a través de ese cargamento de tiranías entrecruzadas ud. entrevé alguna sociedad futura que se parezca a una sociedad libre o a una humanidad digna de sí misma...

—Sí: eso es muy curioso...

—Es curioso, ¿no es cierto?... Y mire que hay aspectos secundarios muy curiosos también... Por ejemplo: la tiranía de la ayuda...

—¿La qué?

—La tiranía de la ayuda. Había entre nosotros quien, en lugar de mandar a los otros, en lugar de imponerse a los otros, por el contrario, los ayudaba en todo cuanto podía. Parece lo contrario, ¿no es verdad? Pues vea que es lo mismo. Es la misma tiranía nueva. Es del mismo modo ir contra los principios anarquistas.

—¡Ésa sí que es buena! ¿En qué?

—Ayudar a alguien, mi amigo, es tomar a alguien por incapaz; si ese alguien no es incapaz, es o convertirlo en tal o suponerlo tal, y esto es, en el primer caso una tiranía, y en el segundo, un desprecio. En un caso se cercena la libertad del otro; en el otro se parte, por lo menos inconscientemente, del principio de que el otro es despreciable e indigno o incapaz de libertad. Volvamos a nuestro caso... Ud. ve bien que este punto era gravísimo. Vaya que trabajásemos por la sociedad futura sin esperar que ella nos lo agradeciese, o arriesgándonos, incluso, a que ella nunca llegase. Todo eso, vaya. Pero lo que era demasiado era que estuviéramos trabajando para un futuro de libertad y que no hiciéramos de positivo más que crear tiranía, y no sólo tiranía, sino tiranía nueva, y tiranía ejercida por nosotros, los oprimidos, los unos sobre los otros. Esto sí que no podía ser...

Me puse a pensar. Aquí había un error, algún desvío. Nuestros objetivos eran buenos; nuestras doctrinas parecían verdaderas; ¿serían equivocados nuestros métodos? Seguramente debían de serlo. ¿Pero dónde diablos estaba el error? Me puse a pensar en eso y me iba volviendo loco. Un día, de repente, como ocurren siempre estas cosas, di con la solución. Fue el gran día de mis teorías anarquistas; el día en que descubrí, por decirlo así, la

técnica del anarquismo.

Me miró un momento sin verme. Después continuó, en el mismo tono.

—Pensé así... Tenemos aquí una tiranía nueva, una tiranía que no es derivada de las ficciones sociales. ¿Entonces de dónde es derivada? ¿Será derivada de las cualidades naturales? Si lo es, ¡adiós sociedad libre! Si una sociedad donde están en operación apenas las cualidades naturales de los hombres, aquellas cualidades con que ellos nacen, que deben sólo a la Naturaleza y sobre las cuales no tenemos poder alguno; si una sociedad donde están en operación apenas esas cualidades es un amontonamiento de tiranías, ¿quién va a mover el dedo meñique para contribuir al advenimiento de esa sociedad? Tiranía por tiranía, que quede la que está, que al menos es aquella a la que estamos acostumbrados y que por eso, fatalmente sentimos menos de lo que sentiríamos una tiranía nueva, y con el carácter terrible de todas las cosas tiránicas que son directamente de la Naturaleza: el no haber rebelión posible contra ella, como no hay revolución contra tener que morir, o contra nacer bajo cuando se prefería haber nacido alto. Asimismo ya le probé que, si por cualquier razón no es realizable la sociedad anarquista, entonces debe existir, por ser más natural que cualquier otra salvo aquélla, la sociedad burguesa.

»¿Pero sería esta tiranía, que nacía así entre nosotros, realmente derivada de las cualidades naturales? ¿Pero qué son las cualidades naturales? Son el grado de inteligencia, de imaginación, de voluntad, etcétera, con que cada uno nace; esto en el campo mental, es claro, porque las cualidades naturales físicas no vienen al caso. Pero un tipo que, sin ser por una razón derivada de las ficciones sociales, manda a otro, forzosamente lo hace por que es superior en una u otra de las cualidades naturales. Lo domina por el empleo de sus cualidades naturales. Pero hay una cosa para considerar: ¿ese empleo de las cualidades naturales será legítimo, esto es, será natural?

»¿Pero cuál es el empleo natural de nuestras cualidades naturales? El servir a los fines naturales de nuestra personalidad. ¿Pero dominar a alguien será un fin natural de nuestra personalidad? Puede serlo; hay un caso en que puede serlo: es cuando ese alguien está para nosotros en un lugar de

enemigo. Para el anarquista, es claro, quien está en el lugar de enemigo es cualquier representante de las ficciones sociales y de su tiranía; nadie más, porque todos los otros hombres son hombres como él y camaradas naturales. Ahora, ud. bien ve, el caso de tiranía que habíamos estado creando entre nosotros no era éste; la tiranía que habíamos estado creando era ejercida sobre hombres como nosotros, camaradas naturales, y más todavía, sobre hombres dos veces nuestros camaradas, porque lo eran también por la comunión en el mismo ideal. Conclusión: esta tiranía nuestra, si no era derivada de las ficciones sociales, tampoco era derivada de las cualidades naturales; era derivada de una aplicación equivocada, de una perversión de las cualidades naturales. ¿Y esa perversión, de dónde es que provenía?

»Tenía que provenir de una de dos cosas: o de que el hombre es naturalmente malo, y en consecuencia todas las cualidades naturales son naturalmente pervertidas, o de una perversión resultante de la larga permanencia de la humanidad en una atmósfera de ficciones sociales, todas ellas creadoras de tiranía, y tendiente, en consecuencia, a volver instintivamente tiránico el uso más natural de las cualidades más naturales. Ahora, de estas dos hipótesis, ¿cuál sería la verdadera? De un modo satisfactorio, esto es, rigurosamente lógico o científico, era imposible determinarlo. El raciocinio no puede enfrentar el problema porque éste es de orden histórico o científico, y depende del conocimiento de hechos. Por su lado, la ciencia tampoco nos ayuda, porque, por más lejos que retrocedamos en la historia, encontramos siempre al hombre viviendo bajo uno u otro sistema de tiranía social, y por consiguiente, siempre en un estadio que no nos permite averiguar cómo es el hombre cuando vive en circunstancias pura y enteramente naturales. No habiendo manera de determinarlo con seguridad, tenemos que inclinarnos hacia el lado de la mayor probabilidad, y la mayor probabilidad está en la segunda hipótesis. Es más natural suponer que la larguísima permanencia de la humanidad en ficciones sociales creadoras de tiranía haga que cada hombre nazca con sus cualidades naturales pervertidas, en el sentido de tiranizar espontáneamente incluso a quien no pretenda tiranizar, que suponer que

las cualidades naturales pueden ser naturalmente pervertidas, lo que, de cierto modo, representa una contradicción. Por eso el pensador se decide, como yo me decidí, con una seguridad casi absoluta, por la segunda hipótesis. Tenemos, pues, que una cosa es evidente... En el estadio social presente no es posible que un grupo de hombres, por bien intencionados que estén todos, por preocupados que estén todos sólo en combatir las ficciones sociales y en trabajar por la libertad, trabajen juntos sin que espontáneamente creen entre sí tiranía, sin crear entre sí una tiranía nueva, suplementaria a la de las ficciones sociales, sin destruir en la práctica todo cuanto quieren en la teoría, sin perjudicar involuntariamente lo más posible el propio objetivo que quieren promover. ¿Qué puede hacerse? Es muy simple... Es que trabajemos todos para el mismo fin, pero separados.

—¿Separados?!

—Sí. ¿Ud. no siguió mi argumento?

—Lo seguí.

—¿Y no le parece lógica, no le parece inevitable, esta conclusión?

—Me parece, sí, me parece... Lo que no veo bien es cómo eso...

—Ya le voy a aclarar... Dije yo: trabajemos todos para el mismo fin, pero separados. Trabajando todos para el mismo fin anarquista, cada uno contribuye con su esfuerzo a la destrucción de las ficciones sociales, que es hacia donde lo dirige, y hacia la creación de la sociedad libre del futuro; y trabajando separados no podemos, de ningún modo, crear tiranía nueva, porque nadie tiene acción sobre otro y no puede, en consecuencia, ni dominándolo, disminuirle la libertad, ni ayudándolo, apagarla.

»Trabajando así separados y con el mismo fin anarquista, tenemos dos ventajas: la del esfuerzo conjunto y la de la no creación de tiranía nueva. Continuamos unidos porque lo estamos moralmente y trabajamos del mismo modo para el mismo fin; seguimos siendo anarquistas, porque cada uno trabaja para la sociedad libre; pero dejamos de ser traidores, voluntarios o involuntarios, a nuestra causa, dejamos incluso de poder serlo, porque nos colocamos, por el trabajo anarquista aislado, fuera de la influencia deletérea de las ficciones sociales, en su reflejo hereditario sobre las cualidades que la Naturaleza dio.

»Es claro que toda esta táctica se aplica a lo que denominé el período de preparación para la revolución social. Arrumadas las defensas burguesas, y reducida la sociedad entera al estado de aceptación de las doctrinas anarquistas, faltando sólo hacer la revolución social, entonces, para el golpe final, es que no puede continuar la acción separada. Pero a esa altura, ya la sociedad libre estará virtualmente alcanzada; ya las cosas serán de otra manera. La táctica a que me refiero sólo dice con respecto a la acción anarquista en medio de la sociedad burguesa, como ahora, como en el grupo al cual yo pertenecía.

»Era ése, ¡por fin!, el verdadero método anarquista. Juntos, nada valíamos que importara, y todavía, encima, nos tiranizábamos y nos perjudicábamos unos a otros y a nuestras teorías. Separados, poco también conseguíamos, pero al menos no perjudicábamos la libertad, no creábamos tiranía nueva; lo que conseguíamos, por poco que fuese, era conseguido realmente, sin desventaja ni pérdida. Y, de más en más, trabajando así, separados, aprendíamos a confiar más en nosotros mismos, a no recostarnos unos sobre otros, a volvernos más libres, a prepararnos, tanto personalmente como a los otros, mediante nuestro ejemplo para el futuro.

»Quedé radiante con este descubrimiento. Fui enseñada a exponérselo a mis camaradas... Fue una de las pocas veces en que fui estúpido en mi vida. ¡Imagine ud. que yo estaba tan colmado con mi descubrimiento que esperaba que ellos estuviesen de acuerdo!...

—No estuvieron de acuerdo, es claro...

—¡Contestaron ásperamente, mi amigo, ásperamente todos! ¡Unos más, otros menos, todo el mundo protestó!... ¡No era eso!... ¡Eso no podía ser!... Pero nadie decía lo que era o lo que tenía que ser. Argumenté y argumenté, y en respuesta a mis argumentos no obtuve sino frases, basura, cosas como esas que los ministros responden en las cámaras cuando no tienen ninguna respuesta... ¡Entonces fue cuando vi con qué animales y con qué cobardones estaba metido! Se desenmascararon. Los de aquella chusma habían nacido para esclavos. Querían ser anarquistas a costa ajena. ¡Querían la libertad, pero que fuesen los otros quienes se la consiguiesen, que les fuese dada como un rey da un título! ¡Casi todos son así, los grandes lacayos!

—¿Y ud. se enojó?

—¡Si me enojé! ¡Me enfurecí! Me puse a dar coces. Di con palos y con piedras. Casi me fui a las manos con dos o tres de ellos. Y acabé por irme. Me aislé. ¡Me vino un enojo con todos aquellos carneros que ud. no se imagina! Casi llegué a descreer del anarquismo. Casi decidí que no me importaba más todo aquello. Pero, pasados unos días, volví en mí. Pensé que el ideal anarquista estaba por encima de estas querellas. ¿Ellos no querían ser anarquistas? Lo sería yo. ¿Ellos querían solamente jugar a los libertaños? No estaba yo para juegos en una cuestión así. ¿Ellos no tenían fuerza para combatir sino recostados unos en los otros, y creando, entre ellos, un simulacro nuevo de la tiranía que decían querer combatir? Pues que lo hiciesen, los necios, si no servían para otra cosa. Yo no iba a ser burgués por tan poco.

»Estaba establecido que, en el verdadero anarquismo, cada uno debe, por sus propias fuerzas, crear libertad y combatir las ficciones sociales. Pues por mis propias fuerzas iba yo a crear libertad y a combatir las ficciones sociales. ¿Nadie quería seguirme en el verdadero camino anarquista? Seguiría yo por él. Iría solo, con mis recursos, con mi fe, desamparado hasta del apoyo mental de los que habían sido mis camaradas, contra las ficciones sociales enteras. No digo que fuera un bello gesto, ni un gesto heroico. Fue simplemente un gesto natural. Si el camino tenía que ser recorrido por cada uno en forma separada, yo no necesitaba de ninguno más para seguirlo. Bastaba mi ideal. Fue basado en estos principios y en estas circunstancias como decidí, por mí solo, combatir las ficciones sociales.

Interrumpió un poco el discurso, que se había vuelto acalorado y fluido. Lo retomó enseguida, con la voz ya más sosegada.

—Es un estado de guerra, pensé, entre yo y las ficciones sociales. Muy bien. ¿Qué puedo hacer contra las ficciones sociales? Trabajo solo, para no poder, de ningún modo, crear tiranía alguna. ¿Cómo puedo colaborar solo en la preparación de la revolución social, en la preparación de la humanidad para la sociedad libre? Tengo que elegir uno de dos métodos, de los dos métodos que hay; siempre, es claro, que no pueda servirme de ambos. Los métodos son la acción indirecta, esto es, la propaganda, y la acción directa

de cualquier especie.

»Pensé primero en la acción indirecta, esto es, en la propaganda. ¿Pero qué propaganda podría hacer sólo yo? Aparte de esta propaganda que siempre se va haciendo en conversaciones, con éste o aquél, al azar y sirviéndonos de todas las oportunidades, lo que quería saber era si la acción indirecta era un camino por donde yo pudiese encaminar mi actividad de anarquista enérgicamente, esto es, en forma de producir resultados palpables. Vi enseguida que no podía ser. No soy orador y no soy escritor. Quiero decir: soy capaz de hablar en público, si es necesario, y soy capaz de una nota periodística; pero lo que yo quería averiguar era si mi hechura natural indicaba que, especializándome en la acción indirecta, de cualquiera de las dos especies o en ambas, podía llegar a obtener resultados más positivos para la idea anarquista que especializando mis esfuerzos en cualquier otro sentido. Pero la acción es siempre más provechosa que la propaganda, excepto para los individuos cuya hechura los señala esencialmente como propagandistas: los grandes oradores, capaces de electrizar multitudes y arrastrarlas detrás de sí, los grandes escritores, capaces de fascinar y convencer con sus libros. No me parece que yo sea muy vanidoso, pero, si lo soy, no se me da, al menos, por envanecerme de las cualidades que no tengo. Y como le dije, nunca se me dio por crearme orador o escritor. Por eso abandoné la idea de la acción indirecta como camino a seguir en mi actividad de anarquista. Por exclusión de partes, estaba forzado a escoger la acción directa: es decir, el esfuerzo aplicado a la práctica de la vida, a la vida real. No era la inteligencia sino la acción. Muy bien. Así sería.

»Tenía, pues, que aplicar a la vida práctica el método fundamental de acción anarquista que yo ya había esclarecido, combatir las ficciones sociales sin crear tiranía nueva, creando ya, si fuese posible, algo de libertad futura. ¿Pero cómo diablos se hace eso en la práctica? ¿Porque qué es combatir en la práctica? Combatir en la práctica es la guerra, es una guerra, por lo menos. ¿Cómo es que se hace la guerra a las ficciones sociales? ¿Cómo es que se vence al enemigo en cualquier guerra? De una de dos maneras: o matándolo, esto es, destruyéndolo; o apresándolo, es decir, subyugándolo,

reduciéndolo a la inactividad. Destruirlas ficciones sociales yo no podía hacerlo; destruirlas ficciones sociales sólo podía hacerlo la revolución social. Hasta allí, las ficciones sociales podían estar conmocionadas, tambaleando, por un hilo; pero destruidas sólo lo estarían con el arribo de la sociedad libre y la caída positiva de la sociedad burguesa. Lo más que yo podría hacer en ese sentido era destruir —destruir en el sentido físico de matar— a uno u otro miembro de las clases representativas de la sociedad burguesa. Estudié el caso y vi que era una burrada. Suponga ud. que yo mataba a uno o dos, o una docena de representantes de la tiranía de las ficciones sociales... ¿El resultado? ¿Las ficciones sociales quedaban más conmocionadas? No lo quedaban. Las ficciones sociales no son como una situación política que puede depender de un pequeño número de hombres, de un solo hombre a veces. Lo que hay de malo en las ficciones sociales son ellas, en su conjunto, y no los individuos que las representan sino por ser representantes de ellas. Además, un atentado de orden social produce siempre una reacción; no sólo todo queda igual, sino que la mayor parte de las veces empeora. Y todavía, por encima, suponga, como es natural, que, después de un atentado, yo fuera apresado; fuera apresado y liquidado, de una manera u otra. Y suponga que yo hubiera acabado con una docena de capitalistas. ¿Y qué venía a dar todo eso, en resumen? Con mi liquidación, incluso no por muerte, sino por simple prisión o destierro, la causa anarquista perdía un elemento de combate; y los doce capitalistas, que yo habría estirado, no eran doce elementos que la sociedad burguesa hubiera perdido, porque los elementos componentes de la sociedad burguesa no son elementos de combate, sino elementos puramente pasivos, puesto que el «combate» está no en los miembros de la sociedad burguesa sino en el conjunto de ficciones sociales en que esa sociedad se asienta. Y las ficciones sociales no son gente a la que se pueda pegar tiros... ¿Ud. me comprende? No era como el soldado de un ejército que mata a doce soldados de un ejército contrario; era como un soldado que mata a doce civiles de la nación del otro ejército. Es matar estúpidamente, porque no se elimina a ningún combatiente... Yo no podía por consiguiente pensar en destruir, ni en su totalidad ni en parte alguna, las ficciones sociales. Tenía entonces que subyugarlas, que vencerlas

subyugándolas, reduciéndolas a la inactividad.

Súbitamente, apuntó hacia mí el índice derecho.

—¡Fue lo que hice!

Abandonó su gesto y continuó:

—Traté de ver cuál era la primera, la más importante de las ficciones sociales. Sería a esa a la que yo debía, más que a ninguna otra, intentar subyugar, intentar reducir a la inactividad. La más importante, de nuestra época por lo menos, es el dinero. ¿Cómo subyugar al dinero o en palabras más precisas, la fuerza, o la tiranía del dinero? Volviéndome libre de su influencia, de su fuerza, superior por consiguiente a su influencia, reduciéndolo a la inactividad por lo que significaba con respecto a mí. ¿Por lo que significaba con respecto a mí, comprende ud?, porque yo soy el que lo combatía; si fuese reducirlo a la inactividad por lo que respecta a todo el mundo, eso ya no sería subyugarlo, sino destruirlo, porque sería acabar del todo con la ficción dinero. Pero ya le probé que cualquier ficción social sólo puede ser «destruida» por la revolución social, arrastrada con las otras en la caída de la sociedad burguesa.

»¿Cómo podía yo volverme superior a la fuerza del dinero? El método más simple era apartarme de la esfera de su influencia, es decir, de la civilización; irme a un campo para comer raíces y beber agua de los manantiales; andar desnudo y vivir como un animal. Pero esto, incluso si no hubiera dificultad en hacerlo, no era combatir una ficción social; no era ni siquiera combatir: era escapar. Realmente, quien es esquivo en trabar un combate no es derrotado en él. Pero moralmente es derrotado, porque no se batió. El método tenía que ser otro: un método de combate y no de fuga. ¿Cómo subyugar al dinero combatiéndolo? ¿Cómo hurtarme a su influencia y tiranía, no evitando su encuentro? El método era sólo uno adquirirlo, adquirirlo en cantidad suficiente como para no sentirle la influencia, y en cuanto mayor cantidad lo adquiriese, tanto más libre estaría de esa influencia. Fue cuando vi esto claramente, con toda la fuerza de mi convicción de anarquista, y toda mi lógica de hombre lúcido, que entré en la fase actual, la comercial y bancaria, mi amigo, de mi anarquismo.

Descansó un momento de la violencia, nuevamente creciente, de su

entusiasmo por su exposición. Después continuó, aunque con un cierto calor, su narración.

—¿Se acuerda ud. de aquellas dos dificultades lógicas que yo le dije que me habían surgido en el comienzo de mi carrera de anarquista consciente?... ¿Y ud. se acuerda que yo le dije que en aquel momento las resolví artificialmente, mediante el sentimiento y no mediante la lógica? Esto es, ud. mismo notó, y muy bien, que yo no las había resuelto mediante la lógica...

—Me acuerdo, sí...

—¿Y ud. se acuerda que yo le dije que más tarde, cuando di por fin con el verdadero método anarquista, las resolví entonces para siempre, mediante la lógica?

—Sí.

—Ahora vea cómo fueron resueltas... Las dificultades eran éstas: no es natural trabajar por cualquier cosa, sea lo que fuere, sin una compensación natural, es decir, egoísta; y no es natural dar nuestro esfuerzo para cualquier fin sin tener la compensación de saber que ese fin se alcanza. Las dos dificultades eran éstas; ahora fíjese cómo quedan resueltas mediante el método de trabajo anarquista que mi raciocinio me llevó a descubrir como el único verdadero... El método da como resultado que yo me enriquezco; por consiguiente, compensación egoísta. El método encara la prosecución de la libertad; entonces yo, volviéndome superior a la fuerza del dinero, esto es, liberándome de ella, consigo libertad. Consigo libertad sólo para mí, es cierto; pero es que como ya le probé, la libertad para todos sólo puede llegar con la destrucción de las ficciones sociales, con la revolución social, y yo, por mí solo, no puedo hacer la revolución social. El punto concreto es éste: busco libertad, consigo libertad: consigo la libertad que puedo, porque, es claro, no puedo conseguir la que no puedo... Y vea ud.: aparte del raciocinio que determina este método anarquista como el único verdadero, el hecho de que él resuelve automáticamente las dificultades lógicas que se pueden oponer a cualquier método anarquista, prueba más que él es el verdadero.

»Pues fue este método el que yo seguí. Me entregué a la empresa de

subyugar la ficción dinero, enriqueciendo. Lo conseguí. Llevó un cierto tiempo, porque la lucha fue grande, pero lo conseguí. Evito contarle lo que fue y lo que ha sido mi vida comercial y bancaria. Podría ser interesante, en ciertos puntos sobre todo, pero ya no pertenece al asunto. Trabajé, luché, gané dinero; trabajé más, luché más, gané más dinero; gané mucho dinero finalmente. No reparé en métodos; le confieso, mi amigo, que no reparé en métodos; usé todo lo que hay: el acaparamiento, el dolo financiero, la misma competencia desleal. ¡¿Por qué?! ¡¿Yo combatía las ficciones sociales, inmorales y antinaturales por excelencia, y tenía que reparar en métodos?! ¡¿Yo trabajaba por la libertad y me iba a fijar en las armas con que combatía a la tiranía?! El anarquista estúpido, que tira bombas y pega tiros, bien sabe que mata, y bien sabe que sus doctrinas no incluyen la pena de muerte. Ataca una inmoralidad con un crimen, porque encuentra que esa inmoralidad vale un crimen para ser destruida. Él es estúpido en cuanto al método, porque, como ya le mostré, ese método es errado y contraproducente como proceso anarquista; ahora, en cuanto a la moral del método, él es inteligente. Pero mi método era exacto y yo me servía legítimamente, como anarquista, de todos los medios para enriquecerme. Hoy realicé mi limitado sueño de anarquista práctico y lúcido. Soy libre. Hago lo que quiero, dentro, claro está, de lo que es posible hacer. Mi lema de anarquista era la libertad; pues bien, tengo la libertad, la libertad que, por el momento, en nuestra sociedad imperfecta, es posible tener. Quise combatir las fuerzas sociales; las combatí y, lo que es más, las vencí.

—¡Alto ahí!, ¡alto ahí! —dije yo—. Eso estará todo muy bien, pero hay una cosa que ud. no vio. Las condiciones de su método eran, como ud. probó, no sólo crear libertad, sino también no crear tiranía. Pero ud. creó tiranía. Ud., como acaparador, como banquero, como financista sin escrúpulos, ud. disculpe, pero es ud. el que lo dijo, ud. creó tiranía. Ud. creó tanta tiranía como cualquier otro representante de las ficciones sociales que ud. dijo que combate.

—No, mi viejo, ud. se engaña. Yo no creé tiranía. La tiranía, que puede ser resultado de mi acción de combate contra las fuerzas sociales, es una tiranía que no parte de mí, que por consiguiente yo no creé, está en las

ficciones sociales, yo no la junté con ellas. Esa tiranía es la propia tiranía de las ficciones sociales; y yo no podía, ni me propuse, destruirlas ficciones sociales. Por centésima vez le repito: sólo la revolución social puede destruirlas ficciones sociales; antes de eso, la acción anarquista perfecta, como la mía, sólo puede subyugarlas ficciones sociales, subyugarlas en relación sólo con el anarquista que pone ese método en práctica, porque ese método no permite una más larga sujeción de esas ficciones. No se trata de no crear tiranía, se trata de no crear tiranía nueva, tiranía donde no la había. Los anarquistas, trabajando en conjunto, influyéndose unos a otros como yo le dije, crean entre sí, fuera y aparte de las ficciones sociales, una tiranía; ésa es la tiranía nueva. Esa, yo no la creé. No la podía incluso crear, por las propias condiciones de mi método. No, mi amigo; yo sólo creé libertad. Liberé a uno. Me liberé a mí. Es que mi método, que, como le demostré, es el único verdadero método anarquista, no me permitió liberar a nadie más. A quien pude liberar, lo liberé.

—Está bien... Coincido... Pero mire que, con ese argumento, la gente casi es llevada a creer que ningún representante de las ficciones sociales ejerce tiranía...

—Y no la ejerce. La tiranía es de las ficciones sociales y no de los hombres que las encarnan; ellos son, por así decir, los medios de que las ficciones se sirven para tiranizar, como el cuchillo es el medio del que se puede servir el asesino. Y ud. ciertamente no juzga que suprimiendo los cuchillos suprime a los asesinos... Mire... Destruya ud. a toáoslos capitalistas del mundo, pero sin destruir al capital... Al día siguiente el capital, ya en las manos de otros, continuará, por medio de esos otros, su tiranía. Destruya, no a los capitalistas, sino al capital; ¿cuántos capitalistas quedan?... ¿Ve?...

—Sí; ud. tiene razón.

—Ah, hijo, lo máximo, lo máximo, lo máximo que ud. me puede acusar de hacer es de aumentar un poco, muy, muy poco, la tiranía de las ficciones sociales. El argumento es absurdo, porque como ya le dije, la tiranía que yo no debía crear, y que no creé, es otra. Pero hay un punto débil más: y es que, por el mismo razonamiento, ud. puede acusar a un general que entabla combate por su país, de causar a su país el perjuicio del número de hombres

de su propio ejército que tuvo que sacrificar para vencer. Quien va a la guerra da y recibe. Que se consiga lo principal; el resto...

—Está muy bien... Pero fíjese en otra cosa... El verdadero anarquista quiere la libertad no sólo para sí, sino también para los otros... Me parece que quiere la libertad para la humanidad entera...

—Sin duda. Pero yo ya le dije que por el método que descubrí, que era el único método anarquista, cada uno tiene que liberarse a sí mismo. Yo me liberé a mí; cumplí con mi deber simultáneamente conmigo y con la libertad. ¿Por qué es que los otros, mis camaradas, no hicieron lo mismo? Yo no se lo impedí. Ése es el que hubiera sido el crimen, si yo se lo hubiese impedido. Pero yo ni siquiera se lo impedí ocultándoles el verdadero método anarquista; en cuanto descubrí el método, se lo dije claramente a todos. El mismo método me impedía hacer más. ¿Qué más podía hacer? ¿Obligarlos a seguir ese camino? Aunque lo pudiera hacer, no lo haría, porque sería quitarles la libertad, y eso iba contra mis principios anarquistas. ¿Ayudarlos? Tampoco podía ser, por la misma razón. Yo nunca ayudé, ni ayudo, a nadie, porque eso, eso de disminuir la libertad ajena, va también contra mis principios. Lo que ud. me está censurando es el que yo no sea más que una sola persona. ¿Por qué me censura el cumplimiento de mi deber de liberar, hasta donde pueda cumplirlo? ¿Por qué no los censura antes a ellos por no haber cumplido el de ellos?

—Pues sí, hombre. Pero esos hombres no hicieron lo que hizo ud., naturalmente, porque eran menos inteligentes que ud., o menos fuertes de voluntad, o...

—Ah, mi amigo: ésas son ya las desigualdades naturales y no las sociales... Son ésas con las que el anarquismo no tiene nada que ver. El grado de inteligencia o de voluntad de un individuo es entre él y la Naturaleza; las mismas ficciones sociales no tienen allí ninguna responsabilidad. Hay cualidades naturales, como ya le dije, que se puede presumir que sean pervertidas por la larga permanencia de la humanidad entre ficciones sociales; pero la perversión no está en el grado de la cualidad, que es absolutamente dado por la Naturaleza, sino en la aplicación de la cualidad. Pero una cuestión de estupidez o de falta de voluntad no

tiene que ver con la aplicación de esas cualidades, sino sólo con el grado de ellas. Por eso le digo: ésas son ya absolutamente las desigualdades naturales, y sobre ésas nadie tiene ningún poder, ni hay modificación social que las modifique, como no puede volverme a mí alto o a ud. bajo...

»A no ser... A no ser que, en el caso de esos hombres, la perversión hereditaria de las cualidades naturales llega tan lejos que alcanza el mismo fondo del temperamento... Sí, que un tipo nazca para esclavo, nazca naturalmente esclavo, y por lo tanto incapaz de algún esfuerzo en el sentido de liberarse... Pero en ese caso..., en ese caso..., ¿qué tiene él que ver con la sociedad libre o con la libertad?... Si un hombre nació para esclavo, la libertad, siendo contraria a su índole, será para él una tiranía. Hubo una pequeña pausa. De repente me eché a reír.

—Realmente —dije yo— ud. es anarquista. En todo caso, da ganas de reír, incluso después de haberlo oído, comparar lo que ud. es con lo que son los anarquistas que andan por ahí...

—Mi amigo, yo ya se lo dije, ya se lo demostré, y ahora se lo repito... La diferencia es sólo ésta: ellos son anarquistas sólo teóricos, yo soy teórico y práctico; ellos son anarquistas místicos y yo, científico; ellos son anarquistas que se agachan, yo soy un anarquista que combate y libera... En una palabra: ellos son pseudoanarquistas y yo soy anarquista.

Y nos levantamos de la mesa.

Lisboa, enero de 1922.

Apéndices

1. Fragmento escrito en inglés

(Transcrito del original, sin correcciones)

[27²D-15 y dorso]

[Mixto]

We had finished dining. In front of me my friend, the banker, great merchant and remarkable profiteer, was smoking in an unthinking way. Conversación, which had been dying away, lay now dead between us. I tried to cali itback to life, in a chance manner, availing myself of an idea that has crossed my meditation. I turned, smiling, to him.

—Look here: they told me a few days ago that you were once an anarchist.

—Once isn't right. I haven't changed in that respect. I *am* an anarchist.

—Good heavens! You an anarchist! How can you be an anarchist? Unless you give the word some meaning which is quite different.

—From the common one? No, I don't. I use the word in the usual sense.

—Do you mean to say then that you are anarchist in exactly the same sense as these trade union chaps are anarchists? So there's no difference between you and these bomb or strike beggars?

—Oh, no ¹: there *is* a difference. Of course there is a difference. But it's not the sort of difference you might suppose. You suppose, for instance, that my social theories can't be the same as theirs?

—Oh, I see. In theory you're an anarchist; in practice...

—In practice I'm as much an anarchist as in theory. And in practice I'm much more —oh ever so much more— of an anarchist than those chaps you mentioned. All my life shows ² it.

—Eh?

—All my life shows ³ it, my boy. The fact is, you have never given these things a lucid attention. That's why you think I'm talking nonsense, or fooling you all the time.

—But, man, I can't make head or tail of what you're saying! Unless, unless you think your life corruptive and anti-social and think anarchism is that.

—I've told you already that I think nothing of the kind. I mean: I've told you that by anarchism I mean only what is usually meant by the word.

—All right... I'm still at sea. Look here, man: do you mean to say that there's no difference between your really anarchistic theories and the practice of your life —the practice of your life as it is now? Do you want me to believe that you have a life exactly like that of the chaps who are commonly called anarchists?

—No, that's not the point. What I mean to say is that between my theories and the practice of my life there is no antagonism, but an absolute conformity. I know, of course, that my life doesn't resemble the life of those bomb and trade union chaps. But it's *theirlife* that is outside anarchism, outside their own ideas. Mine isn't. In me —yes, in me, the banker, the great merchant, the profiteer, if you like— the theory and the practice of anarchism are joined and both right. You compared me to those bomb and anarchism are joined and both right. You compared me to those bomb and

trade unión fools just to point out that I am different from them. I am, but the difference is in this: they (yes, they and not I) are anarchists only in theory; I am an anarchist in both theory and practice. They are anarchists and fools, and I am an anarchist and not a fool. That is to say, old man, I am the real anarchist. They—the bomb and trade unión men (I was once with them, but I left them exactly because I was really an anarchist) —they are the rubbish of anarchism, the females of the great doctrine of freedom.

—Good Lord! I've never heard anything like that! That's bewildering! But how do you fit your life. —I mean your life as a banker and a business man— into your anarchist theories? How do you fit it if you say that you mean by anarchist theories exactly what everybody (any common anarchist) means? And you say, on top of all that, that you're different from them because you're more of anarchist than they are, don't you?

—Yes.

—I can't understand you at all.

—But would you like to understand?

—Of course I would.

He removed from his mouth the cigar, which had gone out, lit it slowly, stared at the waning match, put it lightly on the ash-tray; then, turning to me his head, which had sunk for a moment said:

¹ Variante superpuesta y manuscrita para «no»: «yes».

² Variante puesta debajo y manuscrita para «shows»: «proves».

³ Variante superpuesta y manuscrita para «shows»: «proves».

2. Textos alternativos y complementarios

(Transcrito del original, sin correcciones)

[27²D-1]

[M.]

Pasó la mano horizontalmente, en un gesto de vaga caricia, sobre el bigote que sería poblado si no estuviera cortado al ras ⁴.

Y prosiguió hablando; y yo me distraje de él para escucharlo.

¡Le descubro⁵ un deseo, hombre, le descubro ⁶ un deseo!... Y reímos juntos —el banquero y yo*.

[27²D-dorso]

[M.]

¿Cómo sería este hombre de joven? Lo miré, como tantas veces lo he mirado, pero esta vez de nuevo. Su estatura media, de hombre alto y fuerte, no se notaba, estando él sentado. La cara sería grosera si no estuviese, por encima de los ojos un poco cansados y de las cejas espesas, la amplitud de la frente. Percibí por primera vez, al fijarme en el cigarro encendido, sus manos secas, un poco más largas de lo que su tipo físico normalmente consentiría. Dejé de mirar porque él iba a hablar.

[27²D-2]

[M.]

Alrededor de nosotros el restaurante se callaba, ya casi desierto. Habíamos hablado mucho, y largamente, pero ahora la conversación, que se había venido enfriando, yacía inerte entre nosotros.

Intenté reanimarla con un recuerdo que de repente me surgió, con respecto a él. Erguí la cabeza y lo miré sonriendo, doblemente calmo, quieto.

Fue esto: me dijeron que en sus tiempos ud. fue anarquista.

[27²D—₃]

[M.]

¿Sabe lo que me recuerda el estado actual de Rusia?

—¿Qué?

⁴ Variante superpuesta para «al ras»: «pequeño».

⁵ Variante superpuesta para «le descubro»: «descubro en ud».

⁶ *ídem.*

* El segundo párrafo se presenta separado del primero por una línea horizontal, a todo lo largo de la hoja, no siendo obviamente su continuación.

—Un colegio de jesuitas. Los jesuitas tienen al menos la explicación de la religión: los otros no. Los comunistas son los jesuitas sin excusa*1.

—Mire que un niño come mucho.

Ni pensé en sonreír.

—¿De qué se ríe usted?

—Ese socio con el que ud. anduvo fue el tal que le dio la mano, y...

—Fue; no había otro. ¿Y entonces?

—Nada.

—¿Ud. encuentra falta de escrúpulos?

—Yo no iba a decir tanto...

—No lo iba a decir, pero ya lo estaba pensando... Pues claro que fue falta de escrúpulos.

[27²D-4 y dorso]

[M.]

Mire, mi amigo: las ideas que se piensan válidas, también es porque se

las siente. Nada vive en este mundo —ni la más abstracta de las ideas— si no está arraigado en el corazón. ¿Amor intelectual por la humanidad? ¿Sentimiento abstracto de justicia?

Mande todo eso [a] pasear; y ni paseará porque no tiene piernas para eso⁷.

¿Noción de justicia? Todos la tenemos. ¿Y qué justicia hacemos nosotros? ¡Palabras de cura!, todos decimos eso. ¿Y cómo va nuestra caridad? Mi viejo, entre que la gente se convenza de una cosa y sentir que se convenció de ella hay una gran distancia. Y en esa distancia está todo. Está aquel todo donde no estamos nosotros...⁸

Les hago un favor. Los llamo, por caridad, pseudo-anarquistas. ¡Porque anarquista, mi amigo, soy yo!

Y, con un resto de gestos triunfal, pidió la cuenta*2.

[M.]

Es verdad:

—Me dijeron aquí hace días algo gracioso con respecto a ud.

—¿Qué era?¹⁰ Algo bueno no era, naturalmente.

*1 Véase variante de este texto, 27²D-i2, donde, con un desarrollo mucho mayor, se retoma la referencia a la Revolución Rusa. El texto estaba destinado a ser insertado, en la versión de 1922, a continuación de la frase: «También ¿qué podía esperarse de un pueblo de analfabetos y de místicos?...» (p. 10).

⁷ Al comienzo de la página existe un esbozo de poema que comienza: «Concluid, señora, que el buen día es oscuro» y una referencia a Shakespeare.

⁸ Variante, en la secuencia de la línea y entre paréntesis rectos, para la última frase: «Está todo, sí, incluso

nosotros».

⁹ Variante superpuesta para «resto de gesto»: «gesto aún».

*² Texto que, visiblemente, constituiría un nuevo final para el cuento.

¹⁰ Variante superpuesta: «¿Con respecto a mí?».

—Ni bueno ni malo. Simplemente, lo encontré gracioso. Me dijeron que ud. en sus tiempos fue anarquista.

—Está equivocado, pero lo que está equivocado es el «fue». Fui anarquista y soy anarquista.

—¡Eso es mejor todavía!... Entonces ud... Ah, ya comprendo: ud. es anarquista teórico. A ud. la doctrina anarquista le parece buena, pero o la halla inviable en la práctica, o por lo menos inviable para ud., en su vida de banquero y gran comerciante.

—No es nada de eso. Soy anarquista en¹¹ teoría y soy anarquista en la práctica. Soy banquero y gran comerciante no *a pesar de ser* anarquista, sino *porque* soy anarquista.

—Ahora sí que no entiendo nada. Ud. establece entre su anarquismo y su negocio una relación, por así decir, de causa a efecto*.

[2₇²D-6y₇]

[M.]

—No es por así decir: es precisamente así. Me hice banquero y gran comerciante en obediencia, obediencia consciente y orientada¹², a mis principios anarquistas.

Quedé boquiabierto. Me pasé la mano lentamente por la cabeza, como para quitarme un velo de asombro, y conseguí hablar.

—Pero vea: esto así es un embrollo cualquiera. Lo más natural es una cosa que muchas veces ocurre en discusiones: una cuestión de definiciones.

—¿De definiciones?

—Sí: estamos hablando de anarquismo sin definir la palabra. No nos entendemos, o por lo menos, yo no lo entiendo. Lo más seguro es que ud. entienda por anarquismo una cosa, y que yo entienda otra. Dígame ud. lo que entiende por anarquismo.

—Por anarquismo entiendo aquella doctrina social extrema que cuestiona¹³ que no debe haber entre los hombres otras diferencias o desigualdades sino las naturales, ni pesar sobre los hombres otras penas u otros males sino los que la propia Naturaleza da... La abolición, por consiguiente, de todas las castas, de la aristocracia, del dinero, de todas las convenciones sociales que promueven la desigualdad. La abolición, también, de todas las convenciones sociales contra la Naturaleza, las patrias, las religiones, el casamiento... ¿No era esto lo que ud. entendía por anarquismo?

—Oh, hombre, por desgracia para mi criterio, era justamente eso. Dígame: ¿estoy loco? El banquero rió.

—¿Y ud. quiere curarse? Si quiere yo lo curo. El tratamiento es un poco largo.

¹¹ Variante superpuesta para «en»: «en la».

* El texto está encabezado por el título *El banquero anarquista*, seguido de dos indicaciones: «perfeccionar el argumento de mutua influencia» y «aumentar el argumento extraído». Tal como 27²D-2, constituye otra variante para el primer párrafo de la versión de 1922 (p. 5), continuando en 27²D-6 y 27²D-7.

¹² «orientada», palabra dudosa, con variante superpuesta: «predeterminada».

¹³ «cuestiona», palabra dudosa, con variante superpuesta: «proclama».

Pero da resultado.

—¿El tratamiento? ¿Qué tratamiento?

—Voy, si ud. quiere, a explicarle todo eso: explicarle cómo me volví anarquista, explicarle cómo por ser anarquista me volví gran comerciante y banquero, gran comerciante y hasta, como ud. sabe, acaparador, continuo, por eso mismo y fiel a mis principios anarquistas. Lleva un rato decirlo pero ud. queda convencido. Por eso le dije que el tratamiento era un poco largo pero daba resultado. ¿Quiere escuchar?

—¡Eh, sí quiero! Diga, diga...

[27²D-8]

[Mixto]

—Nací, como ud. sabe, de lo que en lenguaje burgués se llama «gente humilde», esto es, de gente pobre de clase trabajadora. Cuando se es pobre pero con aire burgués se dice «buena gente». Cuando se es trabajador pero autosuficiente se dice «gente del pueblo». Yo nací como humilde.

Sonreí. Él continuó.

—Cuando digo «pobre», quiero decir realmente pobre, una familia en que no se gana lo bastante para el sustento, y mucho menos para lo también mayormente necesario, o que puede ser necesario, como remedios. Cuando se es trabajador, pero se gana lo bastante para todo eso, ya se está en lo que yo llamo autosuficiente.

—Es el sentido lógico de la palabra, pero no es el usual.

—Pues no. Es por eso que le estoy explicando.

Sacó un cigarro de la cigarrera, le cortó bruscamente la punta, lo encendió con una rápida caricia, y después de meditar abstractamente un poco, mientras exhalaba la primera bocanada, me encaró con una especie de decisión intelectual.

—Nací, como le dije, de gente pobre. Entre padre y madre, hijos, y la mujer y el hijo de uno de ellos, éramos once en casa. Sólo cinco de nosotros trabajábamos: mi padre, yo y dos hermanos míos, pues los otros eran

pequeños, y mi cuñada, que era costurera. Me estoy refiriendo, es claro, a la época en que comencé a volverme anarquista. (Incliné la cabeza). Con sólo cuatro trabajando, y ninguno ganando más que lo suficiente para alimentarse y vestirse decentemente sólo a sí mismo, puede ud. calcular cómo se vivía, se comía y se vestía en aquella casa. Pues era así que vivíamos, yo y la familia, cuando comencé a tener cabeza para pensar*.

[2₇²D—₉]

[Mixto]

—No comprendo. ¿Sin diferencia entre los propios trabajadores? ¿Usted quería que un aprendiz ganase tanto como un oficial, o un tipo que trabaja diez horas gane tanto como uno que trabaja siete?

* Texto que podría eventualmente sustituir la parte del diálogo del banquero que comienza por «Oiga. Yo nací del pueblo...» (p. 6).

—No es eso. Yo era tipógrafo. Y sabía que cualquiera de los oficiales de peluquero del negocio al lado de la tipográfica ganaba más que yo, por lo menos en ese momento, y sin contar propinas. No comprendía, dentro o fuera del sistema burgués, en qué el trabajo de un tipógrafo tenía menos valor, social o humano, que el trabajo de un peluquero. Ni entendía por qué es que, en buena ley, yo, tipógrafo, tenía que ganar más, porque lo ganaba, que un cavador de zanjas. Bien sé que económicamente eso se explica fácilmente; pero económicamente es lo que me sublevaba. Una economía que producía esos resultados era, para mí, y todavía lo es, una injusticia y una tiranía.

—Los obreros no siempre ven ese aspecto de la cuestión. Quiero decir, no siempre llevan el espíritu de observación hasta ese punto.

—Bien sé, pero lo llevé yo. Estúpido nunca fui, gracias a Di..., gracias a no

sé qué...

Sonreímos ambos.

—Yo comprendí, es claro, que todo eso eran defectos del sistema burgués; que no era por culpa del peluquero que yo ganaba menos, ni por mi culpa que el cavador ganaba menos que yo. El sistema burgués, en sus distintos engranajes, protegía al peluquero más que a mí, y a mí más que al cavador. El mismo sistema que protegía a la modista más que a mi cuñada costurera, a mi patrón más que a mí, y al agricultor más que al peón de campo...

Colmado de pensar todos los días —todos los días y todas las noches— en estas injusticias, me volví un profundo sublevado. Tampoco era fácil pensar en otra cosa. Era suficiente despertar para oír las lamentaciones de mi madre y las quejas de mi padre —casa donde no hay pan, mi viejo...—, era suficiente sentarme a la mesa para encontrar argumentos, desde las mismas quejas y trifulcas hasta lo que había encima de la mesa, lo que había para cinco y tenía que alcanzar para once... Era suficiente esto y todo lo demás... Era suficiente el tener que andar casi siempre con una camisa que en el mejor caso estaba medio rota y en el peor sucia, o tener que pasar un invierno entero sin que hubiera manera de conseguir un sobretodo, a no ser que dejase de dar el dinero en casa y hacerme pasar hambre no sólo a mí sino también a los otros, que no tenían culpa. Por fin, todo esto, y todo esto todos los días... *

[27²D-10]

[Mec.]

—El ideal del anarquista es la libertad, la igualdad por la libertad, y la fraternidad por la igualdad en la libertad. Fíjese bien: lo que hay de igualdad en el sistema anarquista no acompaña a la libertad, proviene de ella. Para que pueda haber un sistema intermedio entre el sistema burgués y el anarquismo, y para que por él se pase suavemente hacia el anarquismo, ese sistema intermedio.

- * Como se puede ver, el diálogo del interlocutor del banquero no continúa ninguno de sus diálogos en la versión de 1922, por lo que se debe conjeturar que otro nuevo texto, del que éste sería a su vez la continuación, se perdió o ni llegó a ser pasado por escrito.

Tiene que contener más libertad que el sistema burgués. Si no fuera así, no es un paso hacia el anarquismo, sino una simple sustitución del sistema burgués por otra cosa, o equivalente, si no hay acrecentamiento de libertad, o peor, si hay decrecimiento. Sustituir el sistema burgués por un sistema equivalente es tomarnos el trabajo de realizar esfuerzos, y tal vez hasta de derramar sangre y causar angustia, para quedar exactamente en lo mismo. Es como si gastáramos dinero y trabajo para mudarnos de una casa que queda lejos del Bajo, porque queda lejos del Bajo, a otra casa, del otro lado de la ciudad e igualmente lejos del Bajo.

Pero lo peor es que no apareció todavía ningún sistema que pueda ser considerado intermedio entre el capitalismo y el anarquismo, que no sólo sea superior en materia de libertad al capitalismo, sino que siquiera le sea equivalente. El socialismo y el comunismo se basan en la idea de igualdad, despreciando la de libertad. Son peores tiranías que el sistema burgués que, al menos, basándose en el individualismo, siempre se basa en una cosa que envuelve en germen la libertad. El socialismo y el comunismo vuelven al Estado omnipotente, y a los hombres iguales bajo ese monstruoso Rey Absoluto, que ni siquiera tiene cuerpo para que podamos matarlo. Con el socialismo y el comunismo el burgués pierde y el trabajador no gana.

El burgués se vuelve esclavo, lo que no era; el obrero, quedando igual al burgués, continúa siendo, con otro dueño, el esclavo que era. En el sistema burgués, un trabajador siempre podía, por trabajo o suerte, o cualquier otra razón, conseguir dinero, ir ascendiendo, hasta alcanzar un cierto grado de libertad, aquella libertad que el dinero puede dar. En el régimen socialista o comunista, no hay esperanza. Es la perfecta realización del infierno sobre la

Tierra, y en el Infierno, por lo que parece, son todos iguales.

Ya ve ud., que yo no podía aceptar el socialismo o el comunismo, en cualquiera de las distintas formas de uno y de otro, como pasos hacia el anarquismo, por la simple razón de que ir hacia atrás no es el método más simple de ir hacia adelante. El hecho, mi viejo, es que socialismo y comunismo son regímenes de odio y, dígase en elogio de la humanidad, los regímenes de odio no pueden durar.

—Regímenes de odio, ¿cómo?

—El objetivo del socialismo y del comunismo no es elevar al trabajador sino rebajar al burgués. El trabajador queda en la misma, si no peor, como ya le dije. Lo que el burgués pierde, el obrero no lo gana. El anarquismo, por el contrario, es un régimen de amor, y nadie quiere oprimir a quien ama.

[27²D-11 y dorso]

[Mixto]

—Está bien, comprendo. ¿Pero no habría otro tipo de sistema intermedio, realmente intermedio, entre el capitalismo y el anarquismo?

—Si lo hay, no lo conozco. Pero ud. verá, en el transcurso de mi exposición, que no veo necesidad de tal sistema... Vamos ahora al otro caso, el de, poniendo de lado al anarquismo por inviable o provisoriamente inviable, admitir un sistema anticapitalista menos radical que el anarquismo, pero con viabilidad o viabilidad inmediata o cercana. El socialismo y el comunismo, ya le mostré que no sirven; y si no sirven como sistemas de transición, mucho menos sirven (¡caramba!, da frío pensar en eso) como sistemas definitivos. De modo que lo que resta por examinar es si el anarquismo será viable, o si será viable en un tiempo relativamente cercano.

Comencemos por dejar de lado esa historia de lo «relativamente cercano». Lo que queremos es el bien de la humanidad, por la libertad: lo que queremos es trabajar para establecer el sistema que le dará ese bien. Hasta aquí está en nuestra mano. No está en nuestra mano, sino en la operación de las leyes naturales, el determinar la hora en que ese objetivo se realice. Por consiguiente, lo que tenemos que examinar es si es viable el

sistema anarquista.

Comencemos por definir lo que viene a ser eso de viabilidad. No se entiende evidentemente, en el caso del anarquismo, su viabilidad en nuestro tiempo, con estas costumbres y maneras —maneras de actuar, de sentir y de pensar—, todas producto del sistema burgués. Eso equivaldría a preguntar si el anarquismo es viable dentro del sistema burgués. Se trata de saber si el anarquismo no contraría la naturaleza humana. Si no la contraría, es viable; si es viable, algún día, si permanentemente trabajamos por él, él ha de llegar.

La naturaleza humana se compone de dos elementos: los instintos naturales, como el de conservación y el sexual, y los instintos sociales, que se resumen en esto: en tener, con todos los otros hombres, una aspiración común. Tener, con todos los hombres, una aspiración común es —notará ud —. la base del sentimiento religioso —dando al término, es claro, su sentido lato—, que es el más alto sentimiento humano, el de la fraternidad en un ideal común.

Cuando los hombres se vayan convenciendo de que la libertad es el supremo bien, y de que sólo en la libertad podemos ser iguales y amarnos como hermanos, porque lo seremos, el ideal anarquista habrá alcanzado el estadio religioso. Ahora, cuando un ideal o una aspiración alcanza el estadio religioso fatalmente vence, como lo prueba la historia de todas las religiones; y fatalmente vence porque se encuentra de acuerdo con lo que es, al mismo tiempo, el más alto y el más profundo, el más humano y el más puro de los sentimientos humanos, porque se encuentra, en suma, de acuerdo con la humanidad en sí misma, con la humanidad entera. ¿Se duda de que ese convencimiento se pueda dar, por gradualmente que sea, en todos los hombres? ¿Por qué? El propio sistema capitalista, porque es individualista, muestra la conveniencia y la belleza de la libertad, y porque es opresor, muestra su necesidad y la necesidad de remover las injusticias que la oprimen. ¿Les llevará tiempo a los hombres alcanzar ese convencimiento? Sin duda. Pero porque el convencimiento está de acuerdo con la propia naturaleza humana, puede llegar; como está de acuerdo con el instinto religioso, que traduce la aspiración en acción, puede vencer; como es

estimulado, positiva y negativamente, por el régimen social en que vivimos, tiene con qué alimentarse y poderse formar. De acuerdo así con la naturaleza humana fundamental, pues no le impide ningún instinto natural, y de acuerdo también con la naturaleza humana superior, pues se adapta con su espíritu religioso, el anarquismo es enteramente viable.

Se detuvo un momento en lo que ya era un discurso. Estaba un tanto cansado. Señaló con un dedo la copa, mirando hacia el criado. Éste la llenó de coñac. Rehusé con la cabeza que llenara la mía. El banquero bebió de un trago. Pensó un poco. Se me ocurrió una objeción y la expuse.

—Ud. dice que si una aspiración social alcanza el estadio religioso, forzosamente vence, y me citó la historia de todas las religiones. Acepto el argumento, pero le hago notar lo siguiente: cualquier religión, después de vencer, ¿impuso realmente, o conservó realmente, la aspiración que la había formado? Fíjese en el cristianismo. Alcanzó el estadio religioso, venció, es verdad. ¿Pero lo que se realizó fue cristiano? ¿La civilización cristiana estuvo y está de acuerdo con los principios cristianos? ¿La paz, el amor entre los hombres, la caridad, la castidad, todo eso que está en el cristianismo, a ud. le parece que ha sido muy sobresaliente en la vida de la civilización cristiana?

—No me parece. Y presumo que ud. quiere decir que, alcanzando el anarquismo el estadio religioso, y realizándose de esa manera, malogrará, al realizarse, sus propios principios y aspiraciones exactamente como el cristianismo, en su realización malogró los suyos.

—De eso se trata.

—Pero, mi amigo, el cristianismo se malogró al realizarse porque es una religión antinatural, antinatural porque contraría casi todos los instintos humanos, y antinatural porque es sobrenatural. Y lo sobrenatural es antinatural de dos maneras: porque es sobrenatural, y porque sobre lo sobrenatural, que es invisible e inverificable, es imposible obtener la creencia y el acuerdo de todos los hombres. ¿A ud. no le parece más fácil que nosotros dos coincidamos en que este coñac es bueno, porque lo podemos probar, que en la idea que nos hagamos de la cara del francés que lo fabricó? Pues es mucho más fácil, mucho más natural y mucho más Q

conseguir que los hombres aspiren a la libertad, que saben lo que es, que a un cielo o a un Dios del que no pueden tener en verdad idea alguna. Por otro lado, yo cité el hecho histórico de que siempre haya vencido una aspiración cuando alcanza el estadio religioso, simplemente para probar la viabilidad del anarquismo cuando alcance ese estadio. No comparé al anarquismo con ninguna religión, ni podría compararlo. El anarquismo es la irreligión natural, puesta por la Naturaleza en el corazón de los hombres. Empleo las frases religiosas, ud. entiende, pero les pongo un signo menos. Y así está claro.

—Si ud. hubiera dicho «el estadio místico», en lugar de «el estadio religioso», yo no hubiera hecho objeción alguna.

—Es verdad. Tiene ud. mucha razón. De hecho es eso lo que yo debería haber dicho. ¿Pero ud. comprende, no es verdad?

—Ahora, perfectamente*1.

[27²D-12]

[Mixto]

No tenía escrúpulos. ¿Por qué había de tener escrúpulos? ¿Cómo puede tener escrúpulos quien está trabajando por la liberación de la humanidad?

Casi tuve ganas de reír, pero mi risa murió antes de pensar en nacer¹⁴. El banquero hablaba calurosamente y con evidente sinceridad.

Y en un gesto aún triunfal pidió la cuenta.

—Un colegio de jesuitas. Un jesuita debería retorcerse de rabia de ver cómo allí se realizó en serio la tal historia de, ¿cómo es que se llama?... del perín de ac cadáver. Los jesuitas, al menos, tienen la excusa del Otro Mundo. Los comunistas, hijo, son los jesuitas sin excusa. Hay intelectuales, profesores, estudiantes avanzados, y otras personas así que son socialistas y comunistas... Y éstos, en general, ni son de la tal «gente humilde» ni pasaron hambre ni... —Ahora deje eso, hombre, deje eso. ¿Usted considera que yo, yo que sé cómo se forma, cómo se forma en serio, un sublevado, usted considera que yo creo en la sinceridad de esos mierdas? Si un tipo cree en una cosa como el comunismo o el anarquismo sin haber pasado por lo que

yo pasé Que uno u otro se considere sincero, está bien: también hay mucha gente que se considera inteligente y no lo es, y que se considera buena y no lo es, y que se considera bonita y no lo es. ¡Bromas, mi amigo! Hay que pasar por cosas que a uno lo sublevan para llegar a ser un sublevado. No siendo así, sólo siendo un santo, porque sólo un santo puede tener, sólo por el corazón y sin que sea por la experiencia, amor a la humanidad.

—Pero, finalmente, siempre hay un Kropotkin, un Tolstoi...

—Y un Jesucristo, podía ud. agregar. Pero éstos son para mí de la especie de los santos. Y fíjese, ¿cuántos Kropotkin o Tolstoi considera ud. que andan por ahí dando vueltas por el mundo? Hombre, si el mismo Cristo era de gente humilde y, naturalmente, también pasó las suyas.

—Usted al menos no anda creyendo algo muy habitual entre sus correligionarios. Ud. acepta la existencia histórica de Cristo.

—Ni la acepto ni la dejo de aceptar. Me estoy sirviendo de argumentos que ud. pueda comprender, como si ud. fuese inglés y no hablase otra lengua, yo le estaría diciendo lo mismo en inglés*2.

*1 Es evidente que la página 27²D-11 continúa la 27²D-10.

Todo este texto se presenta como variante de la respuesta del banquero a la pregunta: «¿Por qué escogió ud. esa fórmula extrema y no se decidió por cualquiera de las otras... de las intermedias?...» (p. 7).

¹⁴ Más adelante, en la misma página, variante para la última parte de la frase: «pero mi risa no llegó a ser generada».

*2 Se encuentran, claramente, tres secuencias distintas: un primer párrafo que remite al último diálogo de 27*0-3 y que no «encaja» en ningún momento de la versión de 1922; una frase aislada, variante de la última frase del cuento; la parte final, que continúa en la página 27*0-13, remitiendo también a 27²D-3, y que se presenta

como agregado, para ser insertado después de la referencia a la Revolución Rusa (p. 10).

[27²D-13]

[Mixto]

—¿Entonces a qué atribuye ud. ese comunismo de los «intelectuales» y otros por el estilo? —Quién sabe. La razón no ha de ser la misma para todos. En unos ha de ser a causa de esa porquería que se llama esnobismo. En otros será por aquello de que es la manera más moderna de vincularse con la religión. Los restantes, esos que parece que nacen para esclavos, y tienen como los rusos el ansia de que los manden, por influencia de compañías o de lecturas. Los más viejos y los más jóvenes a causa de la parte sexual del asunto. El amor libre, eso ya lo noté entre los anarquistas, fue siempre una teoría muy querida por los impotentes y por los onanistas.

—Y las mujeres, por lo que parece...

—Ah, eso...

—Hay una señora aquí cerca, en una mesa —le advertí rápidamente...

El banquero estuvo callado un momento, que aprovechó [para] encender de nuevo el cigarro.

—Continuemos con su exposición —le recordé.

El banquero asintió con la cabeza. Después de unos momentos prosiguió¹⁵.

—La tiranía es siempre la tiranía —dijo el banquero—. ¿Para qué diablos sustituir la tiranía social del sistema burgués por la tiranía de Estado del sistema socialista o del sistema comunista? Eso es pasar un preso de la celda 23 a la celda 24.

—La celda 24 puede ser más confortable —lo atajé sonriendo.

—Es posible, pero el único verdadero confort es la libertad. Vamos, déjeme continuar, o antes déjeme responder a su objeción... ¿Dice ud. por qué no opté yo por cualquier sistema intermedio entre el sistema burgués y el anarquismo? Ahora bien, eso puede entenderse de dos maneras: tomar a

ese sistema intermedio como sistema definitivo y preferirlo al anarquismo, puede ser más viable o menos inviable; o tomar a ese sistema intermedio perfeccionamientos, a alcanzar finalmente el estadio anarquista. Ahora le voy a responder a ambas hipótesis...

- ¹⁵ Entre este párrafo y el diálogo siguiente, aparece destacada la frase: «No sé lo que ud. iba a decir, pero basta lo que ya se le escapó».

Epílogo comentado

por Manuela Parreiro da Silva

El banquero anarquista, cuento publicado en el nº 1 de la revista *Contemporánea*, en 1922, ha merecido, sorprendentemente tal vez, un conjunto apreciable de ediciones y reediciones a lo largo de los últimos ochenta años.

Estas sucesivas ediciones o reimpressiones reproducen, por lo general, con erratas de más o de menos, actualizando o no la ortografía «etimológica» de Fernando Pessoa, el texto de 1922. La única excepción y novedad está constituida por la última edición de Teresa Sobral Cunha (*Relógio d'Água*, Lisboa, 1998) que incluye también una nueva versión, fruto de un montaje hecho a partir de los diferentes textos, existentes en el legado pessoano de la Biblioteca Nacional de Lisboa, con los cuales el poeta encaraba la hipótesis de rever, corregir y aumentar su cuento.

De hecho, es el mismo Fernando Pessoa quien, en diversas ocasiones, se refiere a esa intención. En una carta a Adolfo Casáis Monteiro, del 13 de Enero de 1935, escribe: Estoy ahora completando una versión enteramente modificada de «El banquero anarquista»; que debe estar lista en breve y espero, en cuanto esté lista, publicarla de inmediato. Si así fuera, traduciré inmediatamente ese texto al inglés, y voy a ver si puedo publicarlo en Inglaterra. Tal como debe quedar tiene posibilidades europeas. (No tome esta frase en el sentido del Premio Nobel inmanente).

Algunos días después (20 de enero), dice al mismo destinatario, refiriéndose a proyectos de publicación: Para esa fecha, que indico como probable para la aparición del libro mayor, deben estar publicados «El banquero anarquista» (con nueva forma y redacción), [...]

Y más adelante:

En cuanto a la publicación de «El banquero anarquista» en inglés, tampoco ahí ocurrirá ninguna, creo yo, pero por otras razones, dificultad notable. Si la obra tuviera capacidad de interesar al mercado inglés, el agente literario a quien se la enviara la colocaría más tarde o más temprano.

Este proyecto relativo a su «sátira dialéctica» (como la llama en otra carta, ésta dirigida al director de *Contemporánea*, José Pacheco, en el mismo año de 1922) no llegaría a concretarse. Pessoa iba a morir, como se sabe, en noviembre de 1935, sin siquiera haber completado la modificación que se proponía hacer y que, tal vez un poco «fingidamente», daba, en enero, como casi realizada.

En realidad, los textos que nos dejó son otros tantos borradores — algunos manuscritos informes, otros mecanografiados con distintos agregados, otros incluso que aparecen dispersos, sin ningún antecedente discursivo que remita a ellos (o que haga suponer que o se perdieron otros textos, eventualmente escritos por Pessoa, o que éste no llegó a producirlos)—, todos ellos sin ninguna indicación rigurosa con respecto al lugar donde podrían ser insertados, o acerca del texto de la versión de 1922 que podrían venir a sustituir.

La misma traducción al inglés iba a quedar postergada. Tanto como es posible apreciar por los textos conocidos, Fernando Pessoa apenas tradujo poco más que página y media del comienzo de su «cuento del raciocinio». Pero, curiosamente, lo hizo a partir del original publicado en *Contemporánea*, lo que lleva a pensar que hizo esta traducción antes de la modificación prevista o, si no, que había dejado de lado, mientras tanto, la

idea de rever y aumentar el texto primitivo, o aun que, por lo menos en la parte inicial, había optado por no alterarlo. (Esto es, por otro lado, práctica habitual en Fernando Pessoa, ampliamente comprobada, por ejemplo, en la edición crítica de los *Poemas ingleses* hecha por Joao Dionisio: proponer una variante o una nueva versión que después termina por rechazar, optando por la primera redacción del texto).

Por todo esto, me parece de buen criterio no intentar hacer con este conjunto de borradores (aunque algunos de ellos, especialmente los más largos, mecanografiados, representen un significativo enriquecimiento del texto, más despojado, publicado en *Contemporânea*) un montaje, o sea, una nueva versión puramente virtual, aunque legítima. Me pareció preferible, en contrapartida, agregarlos como apéndice, dándolos a leer y a conocer en toda su corporalidad, y no truncados, como acabaría irremediablemente por ocurrir, si fuesen, forzosamente, insertados en el texto ya conocido.

Por otro lado, estos textos, así presentados, quedan como una invitación a los lectores para que cada uno pueda construir su versión de revisión — siempre posible, a pesar del riesgo de falsear la voluntad del autor— del cuento impreso en 1922 y que, según el mismo Pessoa confiesa amargamente a José Pacheco (en la carta antes citada), «nadie leyó».

No será difícil admitir, con (como) Pessoa, que su «sátira dialéctica» haya pasado inadvertida al inexistente medio culto portugués. Haber sido publicada en una revista no contribuyó, ciertamente, a atraer sobre sí una atención particularizada, aunque la novedad del primer número de *Contemporânea* pudiera parecer, en principio, jugar a su favor.

Sin embargo, la fortuna póstuma de que el texto ha gozado hace suponer que, por lo menos desde el punto de vista editorial, su relectura se ha impuesto ampliamente. El hecho de tratarse de una de las pocas producciones autónomas *pessoanas*, publicada en vida del autor (aunque fuera en una revista), podrá justificar, hasta cierto punto, ese interés de los editores.

Pessoa reconoce, además, la escasez de su obra publicada y atribuye a *El banquero anarquista* una importancia tal que incluye siempre ese título en las extensas listas que, a lo largo de los años, fue trazando de las obras a

publicar o a reeditar, en Portugal y en Inglaterra, decidiendo por eso también encarar su modificación.

La invitación a la lectura de esta «sátira» continúa siendo, hoy como entonces, enteramente válida.

En primer lugar, *El banquero anarquista* se impone como una obra imprescindible para el conocimiento de la práctica literaria y cosmovisión *peçoanas*. Da cuenta, por un lado, del uso (propio de un escritor que se define a sí mismo como un «raciocinador minucioso y analítico») de una lógica implacable, aunque se asiente, muchas veces, en falacias o argumentos poco ortodoxos (es el caso del hombre que combate la ficción del dinero enriqueciéndose, en nombre de una doctrina que proclama la necesidad de destruir el foso entre ricos y pobres...) y de una implacable ironía (un anarquista que se vuelve banquero, un banquero que se confiesa anarquista...). Y, por otro lado, se nos presenta como un producto que, apareciendo fechado, no deja, paradójicamente, de trasponer las fronteras temporales y de darnos la impresión de una notable actualidad.

Escrito en plena posguerra, en un Portugal político altamente inestable, con los ecos muy próximos de la Revolución Rusa de 1917 (Pessoa se refiere, por otro lado, de manera premonitoria, a lo que de ella resultaría: «*Algo que va a atrasar decenas de años la realización de la sociedad libre...*», p. 11) y con su influencia ideológica haciéndose sentir a varios niveles). *El banquero anarquista* toma de esos vientos su inspiración.

La misma biografía *peçoana* puede proporcionar, igualmente, algunas pistas de lectura, en la medida en que el poeta venía experimentando, en los últimos años, una necesidad cada vez más apremiante de mejorar su situación financiera, o la veleidad de volverse incluso un empresario exitoso.

En 1917-1918, Pessoa funda, con los amigos Geraldo Coelho de Jesús y Augusto Ferreir Gomes, una firma de comisiones y consignaciones, y en 1921 emprende, por ejemplo, por medio de otra firma, propiedad suya —la editora Olisipo, también agencia de servicios— una serie de contactos con empresas inglesas, como intermediario para la compra y venta de minas en Portugal. Con este negocio, de ser concretado, habría conseguido, posiblemente, su independencia económica: se habría liberado de la ficción

del dinero^[1]...

Pero el fracaso absoluto del emprendimiento puede haber servido para confirmar aquello que Pessoa ciertamente sabía desde muy temprano: que sólo un banquero, un comerciante acaparador, con una total ausencia de escrúpulos y dejando de lado las buenas intenciones, podría aspirar a esa liberación^[2].

Es curiosamente en este punto que reside la vulnerabilidad de la propuesta política del cuento, propuesta que, diciéndose anarquista, contradice, ya desde un comienzo, los principios del anarquismo, incluso de un anarcoindividualismo que parecería, a cierta altura, poder ser la ideología defendida por el personaje del banquero: apología del egoísmo y de la competencia desenfrenada y despiadada, de talante ultraliberal; mitologización del dinero, considerado como un compulsivamente buscado objeto de posesión y no transformado, como defendería un «verdadero» libertario, en un simple medio de trueque; ausencia del proyecto de una sociedad nueva o de un nuevo modelo social, necesariamente solidario y anticapitalista.

No debe haber dudas de que Fernando Pessoa se da cuenta de estas contradicciones y de que se sirve de ellas para producir el efecto pretendido. En la biblioteca *pessoana* se encuentran, por ejemplo, entre muchas otras, tres obras de Gustave Le Bon, así como *The Man versus the State*, de Herbert Spencer; *As doutrinas anarquistas*, de Paul Eltzbacher (traducida al portugués por el anarquista Manuel Ribeiro), o la obra de otro conceptuado intelectual anarquista, contemporáneo suyo, Emilio Costa, *Vida portuguesa: ilusões políticas*, lo que muestra su conocimiento e interés por el pensamiento y reflexión en el área de la sociología política ligada a las corrientes socialistas, individualistas y anarquistas. La suprema ironía está, además, en esas paradojas, tan al gusto del autor que, recuérdese, pone en la escritura de su muy cercano Bernardo Soares estas dos máximas contradictorias: El dinero es bello, porque es una liberación. Eres libre si puedes apartarte de los hombres, sin que te obligue a buscarlos la necesidad del dinero [...]

Es también en este punto que su «sátira dialéctica» se revela de una

modernidad sorprendente: frente al relato que el protagonista hace de su lucha por la conquista del dinero y a las justificaciones que presenta por los atropellos y traiciones a la ideología, se diría que estamos en presencia de la historia de un Bill Gates más del momento. Salta a la vista la premonición *peçoana* de un mundo cada vez más dominado por la tiranía del dinero, por el vaciamiento ideológico y por la consiguiente desaparición de los principios, sumergidos y subvertidos por los intereses, donde moralidad, lealtad, fraternidad, son palabras vanas y los fines justifican, maquiavélicamente, todos los medios.

El tan actual, y cada vez más proclamado, triunfo de lo económico sobre lo político es irónicamente puesto en perspectiva desde el mismo título —el protagonista es presentado, en primer lugar, como banquero y sólo después, clasificado como anarquista—, especie de sombra que lo acompaña o de mancha cuya existencia, a lo largo del cuento, se esfuerza por explicar.

El banquero, digno representante del *homo economicus* de fin de siglo, gasta sus energías para encontrar argumentos que contrarían, finalmente, la romántica ideología de la que se dice seguidor. Lo político aparece, así, como pura ficción, a la cual se superpone, mientras tanto, como Pessoa constataba ya en 1922, la real ficción de la economía^[3]. Es de ella que el banquero, siendo banquero y siendo, por lo tanto y simultáneamente, también un viejo tirano y también un viejo esclavo de su propio poder, no conseguirá ser liberado.

Con sus fragilidades, dígase, *El banquero anarquista* constituye, de hecho, un amargo e irónico retrato de su sociedad, nuestra contemporánea, a la cual los textos alternativos y complementarios añadirían, quizás, alguna consistencia, pero no lo volverían más actual, de lo que merece, pues, ser leído por «todo el mundo» y, una vez más todavía, reeditado.

Manuela Parreiro da Silva



FERNANDO ANTÓNIO NOGUEIRA PESSOA, más conocido como FERNANDO PESSOA (1888-1935); poeta luso que consiguió introducir en la literatura europea el modernismo portugués, pero que sólo alcanzó reconocimiento tras su muerte, en 1935.

Pessoa nació en Lisboa, pero durante su infancia viajó a Durban, en Suráfrica, donde su padre era cónsul. El inglés se convirtió en su segunda lengua: fue bilingüe y trabajó como traductor técnico; publicó sus primeros poemas en inglés. Al tiempo que trabajó como traductor se convirtió en el principal foco estético de la vanguardia portuguesa y colaboró en diversas publicaciones como Orfeo, órgano de la literatura vanguardista.

Influido por la filosofía de Schopenhauer y de Nietzsche, y por el simbolismo francés, introdujo en su país las corrientes literarias en boga de la época; desde el modernismo al futurismo. No publicó poesía en portugués hasta un año antes de su muerte, cuando apareció una colección de poemas firmados con diferentes nombres, como si fueran distintos alter egos.

Es la suya una obra que verdaderamente puede decirse que representa todos los aspectos diferentes de la personalidad del poeta con su completa

variedad de voces y diferentes estilos individuales.

Después de su muerte han aparecido sus Obras Completas publicadas con diferentes nombres. I-Poesías, 1942, de Fernando Pessoa; II-Poesías, 1944, de Alvaro de Campos; III-Poemas, 1946, de Alberto Caeiro; IV-Odas, 1946, de Ricardo Reis; V-Mensajes, 1945; VI-Poemas dramáticos; y VII y VIII-Poesías inéditas. Destaca también El libro del desasosiego (aparecido en 1982), que inició el poeta en 1912 y que se compone de aforismos, divagaciones y fragmentos de su diario...

Notas

[1] En 1921, recuérdese, había sido fundado el Partido Comunista portugués y se agudizaba, en los últimos años, el conflicto entre bolcheviques y libertarios. El movimiento anarquista había ganado, mientras tanto, un ascendiente apreciable en el seno de los sindicatos y de las clases trabajadoras. La circulación de un diario de carácter anarquista, *A Batalha*, desde 1919, y las muchas obras de Kropotkin que por esta altura se traducen en Portugal pueden comprobar justamente la fuerza o contrafuerza del movimiento. <<

[2] Se diría que Fernando Pessoa anunciaba a través de su banquero anarquista, a tres o cuatro años de distancia, la figura del célebre Alves Reís, falsario autodidacta, con cuyo Banco, el Angola y Metrópolis, el mismo poeta llegó a entrar en contacto, en 1925, para proponer un negocio... <<

[3] Es interesante verificar que en el mismo año 1922, Pessoa se esfuerza por poner, ya sea a través de textos (como es el caso de uno por él intitulado «Bases para dos proyectos de concentración industrial») o a través de diligencias ante empresarios portugueses (cítense las cartas intercambiadas con el administrador de la Compañía Industrial de Portugal y Colonias), medidas de carácter liberal y capitalista con vistas al desarrollo industrial del país. <<